

Fernando Betancourt Martínez

Historia y cognición. Una propuesta de epistemología desde la teoría de sistemas

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad
Iberoamericana

2015

344 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 12)

ISBN UNAM: 978-607-02-6586-0

ISBN UIA: 978-607-417-316-1

Formato: PDF

Publicado: 10 de agosto de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia/cognicion.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

4. La historia y su condición cognitiva

Epistemología e historización

Transversalidad y disciplina histórica: una modalidad epistémica

Si la historia se instauró como trabajo cognitivo en el siglo XIX desde un concepto introspectivo de razón para articular su propia lógica de investigación, a finales del siglo XX se hizo evidente que dicho concepto sólo pertenecía a una etapa de su desenvolvimiento histórico. Lo que no resultó tan evidente fue que dicha disposición manifestaba una forma particular de autoobservación social. En efecto, el que se atribuyera la razón al hombre en su propia naturaleza interna no fue simplemente coincidente con la aparición de un conjunto de saberes que buscaban transparentar todas las condiciones variadas de su exteriorización. Así, la psicología, la sociología, la antropología, la filología y la historia, entre otras formas de saber, tomaron a su cargo ciertos rubros —lo psíquico, lo social, su temporalidad y su expresividad signica— que debían conducir cada una a la unidad básica de origen: el espíritu humano. La variabilidad que definía a cada región del saber no era un obstáculo para encarar el acceso a la instancia originaria, pues dichas regiones constituían formas diversas de la gran capacidad expresiva del espíritu y confluían en la esfera más vasta de la cultura.

Ya en esta distribución de esferas facultativas se deja ver que cada una de ellas delimitaba formas de observación social sobre el hombre y el sujeto, más que contenidos sustanciales que por agregación tenían que conducir hacia una visión unificada. Las modalidades del hombre, como entidad psíquica, como instancia social, como generador de símbolos o productor y producto de la historicidad, aparecieron como respuestas posibles para un orden social que desgajaba la anterior centralidad teológica para colocar en su lugar un constructo que se encontraba disgregado de origen. Casi en sentido inverso a la despedida de la teología como plataforma de autocomprensión social, la disgregación condujo a la sustitución

de instancias trascendentales no susceptibles de unificación.¹ Probablemente esta situación pueda ser tomada como manifestación del surgimiento de una sociedad funcionalmente diferenciada que no puede ser descrita desde centralidad alguna, pero que todavía no está en condiciones más que de acudir a los vocabularios previos fuertemente influidos de semánticas ontológicas.

Pero esto fue sólo transitorio. La discusión presentada en los apartados anteriores de este trabajo así permite sostenerlo. No en balde esa sustitución de instancias trascendentales significó, para todo efecto práctico, una ampliación en el espectro de conocimiento científico articulado hasta ese momento. Así, el panorama previo se dislocó al agregar al despliegue que, desde el siglo XVII, presentaron las ciencias naturales, un campo cognitivo novedoso que tomó a su cargo los fenómenos ya mundanizados del orden social. Pero dicho orden se presentaba, en su condición moderna, como diferenciado y fuertemente influido por condicionantes funcionales, por lo que sus descripciones, formuladas primero como ciencias humanas — o del espíritu — (siglo XIX), y después como ciencias sociales (siglo XX), no podían más que reflejar la consistencia de un territorio ya disgregado. Lo que interesa en esta evolución histórica es el estatus particular que la disciplina histórica adquiere en dicho campo y la funcionalidad que le permite operar como investigación científica propiamente dicha.

Tentativamente es posible adelantar que su lógica de investigación y su funcionalidad social marcan una estructura característicamente transversal respecto al conjunto de saberes humanos y sociales. Esa transversalidad no es simplemente producto de una mejor estructuración del saber histórico alcanzado en su evolución posterior al siglo XIX, sino que estaba ya presente desde su emergencia

¹ “La posición trasmundana de la subjetividad trascendental, a la que habían quedado transferidos los atributos metafísicos que eran la universalidad, la supratemporalidad y la necesidad, chocó en primer lugar con las premisas de las nuevas ciencias del espíritu. Pero éstas se topan (en sus ámbitos objetuales) con productos que están ya simbólicamente preestructurados y que, por así decirlo, poseen la dignidad de productos trascendentales; y ello aunque hayan de ser sometidos a un análisis puramente empírico. Foucault ha descrito cómo las ciencias humanas se adentran en las condiciones empíricas bajo las que sujetos trascendentales multiplicados y aislados generan sus mundos, sistemas de símbolos, formas de vida e instituciones.” Jürgen Habermas, *Pensamiento postmetafísico*, versión castellana de Manuel Jiménez Redondo, México, Taurus, 1990, p. 51.

moderna como racionalidad operativa específica. Primero, cuando la historia puede llevar a cabo su propia cerradura operativa y, por tanto, establecer su reproducción autopoietica, lo que es posible al *autoexcluirse operativamente del entorno* y, con ello, aplicar la distinción sistema/entorno desde su correspondiente complejidad. La funcionalidad de la distinción sistema/entorno corre programáticamente en la codificación binaria verdadero/no verdadero, misma que adecua las observaciones y las comunicaciones producidas a estándares precisos.² Segundo, en el momento en que la historia está en condiciones de establecer su cierre cognitivo, ya que gracias a esta clausura el sistema puede observar sus propias cogniciones precisamente como observaciones. Es así que la historia, que ya opera sistémicamente, requiere además *incluirse observacionalmente* como sistema para llevar la distinción con el entorno a una diferencia de atribuciones en cuanto a la autorreferencia y la heterorreferencia.³ Ambas clausuras no pueden darse simultáneamente, lo que se deduce de la necesaria distinción entre operación y observación. Cuando el sistema opera, los criterios que permiten producir observaciones se mantienen implícitos o latentes; cuando se observa la operación de observación, entonces los criterios se hacen explícitos. Si bien la exclusión operativa con el entorno (cerradura operativa) se instituyó en el siglo XIX, y la inclusión del sistema como sistema observante (cierre cognitivo) sólo pudo establecerse en el siglo XX, la cualidad de transversalidad de la historia no sólo no desapareció; por el contrario, se potenció a gradientes no imaginables en su horizonte decimonónico de origen.

La condición de segmentación que analógicamente se incluye en el término *transversalidad* derivó, para finales del siglo XX, en una ampliación de dos variables contradictorias entre sí: la *homogeneización* de campos de investigación histórica cada vez más compactos, acompañada de una creciente *heterogeneidad* de los segmentos entre sí por debajo de su compactación. El resultado que tendencialmente se presentó a lo largo de todo el periodo produjo una compleja

² Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, trad. de Silvia Pappe, Brunhilde Erker y Luis Felipe Segura, bajo la coordinación de Javier Torres Nafarrate, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Anthropos, 1996, p. 143.

³ Niklas Luhmann, *La realidad de los medios de masas*, trad. y prólogo de Javier Torres Nafarrate, Barcelona, Anthropos/Universidad Iberoamericana, 2000, p. 168.

red de líneas que atiende más a una lógica de carácter policontextual, que a la centralidad teórica y metodológica típica de un orden disciplinario.⁴ Por eso parece más adecuado describir al saber histórico como un conocimiento característicamente *transdisciplinario* desde su origen moderno. La diferencia con las descripciones previas de la convencional teoría de la historia o de la filosofía de la ciencia es que éstas se atienen a un ideal de ciencia como núcleo invariable o como unidad disciplinaria alcanzada teóricamente — gracias a la introducción de un modelo de sistema conceptual y categorial —, al tiempo que pueden definir sin equívocos sus procedimientos de investigación como métodos aislables lógicamente.

Al dar por sentada dicha unidad, lo que se exige ser descrito por medios teóricos son los productos alcanzados conceptualmente y validados metódicamente, cuestión que implica examinar al nivel del propio cierre operativo las observaciones de primer orden, haciéndolas pasar como representaciones históricas o científicas. Pero desde la clausura cognitiva se desprende la necesidad de tratar dichas representaciones como observaciones ligadas a distinciones particulares.⁵ Así, el saber histórico, en el orden de sus descripciones teóricas o reflexivas, ha conducido de los productos como objeto de atención desde la teoría del conocimiento a la lógica de su operación, lo cual requiere de un instrumental analítico diferente. El enfoque social o sociológico permite incluso pasar de una delimitación de esta forma de saber transdisciplinario como ciencia del espíritu o humana, a su adscripción al campo de conocimiento social, por lo que resulta pertinente su caracterización como *ciencia de*

⁴ Cfr. Paul K. Feyerabend, "Problemas del empirismo", en *Filosofía de la ciencia: teoría y observación*, comp. de León Olivé, Ana Rosa Pérez Ransanz, México, Siglo XXI/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, 1989, p. 279-311.

⁵ "El mundo queda así abierto a la observación y no existe una jerarquía de formas esenciales que pudieran conferir prioridad a las distinciones o a la selección de las distinciones. El mundo es experimentable bajo la forma de distinciones, en todas partes [...]. La única restricción con respecto a la observación es que se debe operar con un *punto ciego*, con un punto de invisibilidad que es el que garantiza la unidad de la diferencia; y esto no importa de qué distinción se trate, dado que la unidad de la diferencia no es observable. Por consiguiente, es característico de la sociedad moderna un aplazamiento de *eso que no se puede ver* y sería imposible el tratar de intentar la determinación de ese punto ciego, por el camino de la ilustración o la iluminación científica, mediante una taxonomía detallada que quedara ordenada en catálogos." Niklas Luhmann, *Introducción a la teoría de sistemas*, lecciones publicadas por Javier Torres Nafarrate, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2009, p. 159.

la sociedad. Con esta caracterización se reivindica su pertenencia —“una empresa de la sociedad que produce conocimiento” —, pero también algo que es crucial para replantear su fundamento: una funcionalidad definida desde el sistema social.⁶

Con esta doble consideración se sintetiza el paso de una problemática que atendía al *qué* de los conocimientos producidos, hacia otro que introduce la perspectiva del *cómo* operativamente se construyen, como se señaló en el capítulo anterior. No cabe duda que en ello la transformación semántica del propio concepto de ciencia ha jugado un papel nada despreciable.⁷ El orden procedimental, al estar condicionado por una sistematización en su propia ejecución y de los enlaces posibles de operaciones —lo que requiere de criterios estrictos de selectividad—, se instituye como circularidad, donde la paradoja correspondiente es resuelta por la sucesividad de las ejecuciones y por el tiempo requerido para llevarla a cabo. De ese orden interno como racionalidad operante se deduce la consistencia sistémica de las ciencias y de la historia misma como disciplina. Ya desde principios del siglo anterior se indicaba que, en lo tocante al fundamento cognitivo —no sólo de la historia sino de ese conjunto de saberes que tienen por objeto los fenómenos sociales y humanos—, éste debía ser pensado en términos de contextos históricos y sociales complejos.

Pero no pocas veces las precauciones varias a que daba lugar la apreciación consistían en dejar intocada la atribución del conocimiento al sujeto y su estructura interna. Si para la propia ciencia esto resultó en más contrariedades que ventajas, para la teoría del conocimiento clásica el envite supuso la posibilidad de seguir amparándose en la consabida relación de un sujeto cognoscente con un conjunto múltiple y variado de objetos por clarificar, por más que se apelara a ese sujeto como una instancia históricamente

⁶ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad...*, p. 9.

⁷ “El término de científico, bastante sospechoso en el conjunto de las ‘ciencias humanas’ (donde se le sustituye por el término de *análisis*), no lo es menos en el campo de las ‘ciencias exactas’ en la medida en que ese término nos remite a *leyes*. Se puede definir, sin embargo, con ese término la posibilidad de establecer un conjunto de reglas que *permitan* ‘controlar’ operaciones proporcionadas a la *producción* de objetos determinados.” Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 2a. ed., trad. de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 68, nota 5.

constituida.⁸ Pero incluso la denominación de la historia como ciencia del espíritu no pudo ocultar, en el desarrollo histórico que le correspondió, su condicionalidad social y su conformación funcional. Ambos aspectos incluso articulados categorialmente para permitir su tratamiento metódico, es decir, instituidos en los variados campos objetuales que la historia trabaja, se localizan al mismo tiempo en sus condiciones sociales de posibilidad. Esta peculiar circularidad — notable en toda ciencia social y humana — parecería distinguir a la historia y las disciplinas con las que guarda esa relación de transversalidad mencionada, de las ciencias propiamente naturales. Aunque esta afirmación debe ser tomada con prudencia, pues también es posible describir esa condición de transversalidad respecto a las propias ciencias nomológicas.

En cualquier caso, la circularidad presente en el saber histórico debe ser objeto de atención desde su cualidad de transdisciplinariedad y cuyas consecuencias tendrían que mostrar el perfil histórico de la disciplina. Es posible señalar “cuatro revoluciones semánticas” que sostienen la pertinencia del enfoque social del conocimiento histórico, afirmación extendible al conjunto de las ciencias como sistemas de comunicación que operan en *el medio verdad*.

1) Una concepción radicalmente operativa de los sistemas, que sirve de base para la comprensión de su unidad. Dicha unidad es la forma por la cual se asegura, de manera interna, la reproducción de las operaciones. La unidad se define a partir de la distinción que guarda respecto a un entorno.

2) La necesaria continuidad *recursiva* de las operaciones que por ello pueden ser concebidas como autorreferenciales. De esto se

⁸ El ejemplo más notorio, para la primera mitad del siglo XX, se condensa en los trabajos desarrollados por la denominada Escuela de Frankfurt. Lo que se presenta cuando se reivindica, por caminos incluso psicoanalíticos — en todo caso, se trató de una cierta recepción freudiana —, a la subjetividad subyugada por esa férrea *racionalidad instrumental*, termina en una incapacidad para asumir lo social mismo. La temática del sujeto desvía toda posibilidad de sacar las consecuencias más radicales que esperan salir a la luz cuando se decide a sustituir la temática del individuo por lo social mismo como unidad sistémica. Así lo expresa Luhmann: “El sujeto es, en estricto y paradójico sentido, la ‘utopía’ de la sociedad, el lugar que no se encuentra en ningún sitio. Visto así, no representa perjuicio alguno, pues, ni aun la consecuencia, por así decirlo no querida, de que a partir del sujeto no pueda constituirse intersubjetividad alguna. Lo que el sujeto le pone en claro a la sociedad moderna, por tanto, es su incapacidad para autodescribirse como unidad.” Niklas Luhmann, *Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia*, ed. y trad. de Josetxo Beriaín y José María García Blanco, Madrid, Trotta, 1998, p. 222-223.

deduce, como un cálculo de las formas necesario, el que la reproducción se atenga a las propias operaciones del sistema. La consecuencia es, por tanto, que no tiene relación directa con el entorno. Interpretando la red o entramado de operaciones recursivas como instancias autorreferenciales, es como la producción y reproducción de las operaciones sistémicas pueden ser entendidas como autopoiesis

3) Como la unidad del sistema se produce en términos de diferencia con el entorno, esto quiere decir que el sistema ciencia opera produciendo observaciones. Lo que observa no es el entorno sino la operación misma (autoobservación) a partir de diferencias. Aquello que es posible observar desde el sistema es producto de la ecuación distinguir/indicar.

4) Si el conocimiento científico se genera como resultado de observaciones, entonces es posible aseverar que su cualidad característica es la de generar observaciones de segundo orden, siempre y cuando por esta dimensión se entienda la capacidad de comunicación del sistema sobre sí mismo. Reintroduciendo la diferencia sistema/entorno se orientan las operaciones de observación distinguiendo entre autorreferencia y heterorreferencia.

Atendiendo al hecho de que estos cuatro rubros resumen tanto la cualidad de cerradura operativa como cognitiva, la teoría de la historia vendría a ser una teoría de la historia como sistema observador.⁹ Regresando a la cuestión del desarrollo histórico de la historia, parece ser ya un acuerdo a nivel de la propia discusión historiográfica que la disciplina fue objeto de una mutación profunda respecto de su situación decimonónica, cosa más visible a partir de la década de los setenta del siglo pasado. Las modalidades a partir de las cuales se discuten los procedimientos metódicos, la especificación de modelos conceptuales aptos para la aplicación empírica, los criterios explicativos deducidos desde teorías generales, no son simplemente la continuación de aquellos elementos análogos que la historia presentaba un siglo antes. Pero la discusión sobre sus marcos de referencia más generales, sus presupuestos cognitivos de base, el complejo procedimental que instituye su lógica de investigación y los fines sociales que la historia puede y debe amparar,

⁹ Tanto los cuatro puntos mencionados arriba, con ciertas modificaciones introducidas, como la presunción de que la teoría reflexiva necesaria adquiere los perfiles de una teoría de sistema observadores, están desarrollados en *ibid.*, p. 224-225.

tampoco guarda relación alguna con las típicas maneras de abordar la fundamentación de la historia que tiene su articulación paradigmática en Dilthey, por ejemplo.

Un número creciente de investigaciones abordan las líneas generales de ambos procesos.¹⁰ Lo que destaca en estos trabajos es que dicha mutación puede ser analizada como proceso de intensificación de la cualidad de transversalidad y de los rasgos de transdisciplinariedad que la historia mostraba ya en la gran Escuela Histórica Alemana. La reorientación global que tanto cognitiva como historiográficamente se constata apunta a considerar que en ese proceso se instituyó su clausura, tanto operativa como cognitiva, generando una aguda crisis de fundamentación desde los criterios usuales de la teoría de la historia convencional.¹¹ Sin embargo, la crisis amparó el surgimiento de vertientes historiográficas que no sólo resultaron novedosas si se les compara con el tipo de investigaciones previas, sino que incluso manifestaban esa reorientación global como intensificación transversal. Así, la aparición de corrientes tales como la microhistoria italiana, la nueva historia cultural e intelectual, la nueva historia política y social, así como la propia historia económica, sólo por citar algunas, expresan nuevas formas de practicar la disciplina. Pero además, suponen una complejización y ampliación de los procesos por los cuales la historia se muestra como labor cognitiva.

¹⁰ Véanse los siguientes trabajos más representativos: F. R. Ankersmit, *Historia y topología. Ascenso y caída de la metáfora*, trad. de Ricardo Martín Rubio Ruiz, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, 470 p.; Michel de Certeau, *La escritura de la historia...*; Michel Stanford, *Companion to historiography*, Oxford, Blackwell, 1994, 997 p.; Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, trad. de Kermit McPherson, México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco/Universidad Iberoamericana, 309 p.; Mary Fulbrook, *Historical theory*, London/New York, Routledge, 2002, 228 p.; Luis Gerardo Morales Moreno (comp.), *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2005, 540 p.; Georg G. Iggers, *Historiography in the twentieth century. From scientific objectivity to the postmodern challenge*, Hanover/London, Wesleyan University Press, 1997, 182 p.; Dominick LaCapra, *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*, trad. de Teresa Arijón, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, 364 p.; Keith Jenkins y Alun Munslow (ed.), *The nature of history reader*, London/New York, Routledge, 2004, 352 p.; Jörn Rüsen, *History: Narration, interpretation, orientation*, New York/Oxford, Berghahn Books, 2004, 222 p.; Beverly Southgate, *History: What and why? Ancient, modern, and postmodern perspectives*, 2a. ed., London/New York, Routledge, 1996, 200 p.

¹¹ Respecto de la relación entre crisis de fundamentación y generación de discusión teórica sistemática, véase el siguiente estudio: Jörn Rüsen, "Origen y tarea de la teoría de la historia", en *Debates recientes en la teoría...*, p. 43 y s.

De tal manera que no sólo aparecen novedosas modalidades de investigación histórica en el siglo XX sino que, paralelamente y de manera por demás coherente, la reflexión epistemológica que fundamentaba la disciplina perdió su incuestionable predominio. Las relaciones que entabla con la economía, la sociología, la geografía, en suma, con el conjunto de las ciencias sociales y sus campos de investigación asociados, han jugado un papel crucial en la constitución de esas nuevas modalidades cognitivas. Sus efectos se muestran en dos grandes rubros. El primero es propiamente teórico y está en relación directa con el desplazamiento de la clásica definición decimonónica de la historia como ciencia humana, esto es, como ciencia del espíritu, sustituyéndola por otra que afirma sus vínculos profundos con la esfera de operación de la investigación social en su conjunto.

Dispersión teórica y diferenciación procedimental

Del concepto *espíritu* —de indudable abolengo filosófico y amparado en la distinción cognitiva clásica de sujeto/objeto— a una situación dominada por la problemática de los sistemas sociales, se deja ver la falta de continuidad respecto al tratamiento epistemológico de la historia. La tónica de la reflexión que acompañó la emergencia moderna de la historia como disciplina científica, la teoría de la historia pero también la filosofía de la historia, se fueron convirtiendo en un anacronismo que obstaculizó una clarificación respecto a su naturaleza y límites. En la perspectiva de ambas variedades reflexivas, la historia sólo podía acreditarse en tanto ciencia del espíritu, bien como manifestación de una universalidad que se expresaba en cada acontecimiento singular —la historia de la civilización humana de acuerdo a la visión que Hegel logró sistematizar del devenir en su conjunto—, bien como un tipo de proceder metodológico divergente al modelo de las ciencias naturales.

Este último aspecto muestra la tónica que orientó las deliberaciones sobre la naturaleza cognitiva de la historia: en su planteamiento, la acreditación de la historia como saber científico podía ser alcanzada por la vía de asegurar un solo procedimiento metódico, aunque diferente al utilizado en las ciencias naturales. Pero esto sólo

ocultó la base de un acuerdo más general que superó las diferencias simplemente metodológicas. En ambos casos — ciencias naturales y ciencias del espíritu — los procesos cognitivos sólo podían ser inteligibles desde el sujeto portador de racionalidad. Por tanto, las implicaciones sociales quedaron oscurecidas, sobre todo porque la historia como ciencia del espíritu llevó más allá el supuesto de base. Así, como disciplina humana tenía como precepto central asegurar las potencialidades de autocomprensión o autoconocimiento para dicho sujeto cognoscente. Aún tomando en cuenta esta suerte de proyección antropológica en el panorama del siglo XIX y buena parte de la primera mitad del XX, el tipo de reflexión que desarrolló la teoría de la historia buscó aclarar sus principios cognitivos, pero bajo el precepto de que tal labor debía coincidir con la reflexión filosófica que aclaraba el problema del conocimiento científico en general.

No está por demás enfatizar que el modelo de conocimiento científico predominante, por más que fueran notorios sus desfases con el caso particular de la historia, era el ejemplo aportado por las ciencias naturales o empíricas. Delimitando preceptos cognitivos propios de estas ciencias, se buscó trasladar el tipo de tratamiento reflexivo que las sustentó a otros campos disciplinarios, entre ellos, la historia misma. De tal manera que la teoría de la historia estableció por lo menos dos grandes campos de fundamentación del saber histórico que estaban en íntima conexión con la epistemología en tanto pensamiento filosófico, a saber: la justificación del estatus del sujeto historiador frente a su campo empírico y la validación formal de los juicios historiográficos emitidos, es decir, la relación sujeto-objeto y la objetividad de las representaciones historiadoras. Éste fue un marco del que no pudieron salir los diferentes intentos de respuesta a la pregunta epistemológica central: ¿cómo es posible un conocimiento verdadero de las realidades pasadas?

Por supuesto, ésta ya no es la pregunta pertinente en la actualidad, pero en su caso ni el positivismo decimonónico — junto con las variantes neopositivistas del siglo veinte — ni el idealismo al estilo de Dilthey o Collingwood supusieron un estilo diferente de reflexión cognitiva.¹² Si bien se gestó un modelo de investigación histórica

¹² “en ninguna de sus formas — sea el modelo de ley aclaratoria [neopositivismo] o hermenéutica collingwoodiana [idealismo] — la filosofía de la historia epistemológica ha

dominante, la llamada Escuela Histórica Alemana, sus múltiples conexiones con la investigación social terminaron por vaciar de contenido el ideal de conocimiento histórico que había articulado previamente. Lo que se manifestó no por la introducción de otro modelo dominante, sino precisamente por la situación contraria: la pérdida de centralidad teórica respecto a una vertiente de producción historiográfica que sentara las bases definitorias de la disciplina. A tal punto que esa pretendida centralidad teórica que guiaba las investigaciones particulares dotándolas de estatuto científico y de formas autorizadas de tratamiento — en otras palabras, de fundamentos epistemológicos — no tiene cabida ya en el panorama actual.

Así, la diversidad de estilos de investigación constituye la tónica contemporánea, donde tal diversidad se explica por la interrelación entre esas modalidades de investigación y las teorías sociales particulares, los sistemas conceptuales y sus campos semánticos, los modelos y métodos propios de ciencias sociales específicas. En esto consiste, precisamente, el efecto de transversalidad aludido. Por tanto se ha presentado una gran dispersión en el orden teórico de auto-descripción de la disciplina histórica. El segundo rasgo se refiere a la cuestión procedimental, cuyas nuevas modalidades de tratamiento han supuesto una transformación aguda de la base metodológica de la historia. Si el historicismo alemán instituyó un pretendido método histórico de investigación, el método documental por antonomasia, la revisión crítica de sus presupuestos y protocolos, por ejemplo, la crítica formal de fuentes o el trabajo filológico asociado, dio paso, no a la consolidación de ese método único, sino a un cambio en la naturaleza y estatus de su centro estratégico: el documento histórico.

Dotado desde Ranke de una cualidad descriptiva que, primero, aportaba datos sobre realidades pasadas — cosa que permitía la identificación del hecho histórico —, y segundo, tenía por finalidad capacitar al historiador para llevar a cabo un razonamiento respecto a la conexión última entre hechos, el documento aseguraba la elevación de la historia a un nivel de científicidad notable. Ambos aspectos estaban ligados de la misma manera que lo están los acontecimientos y sus móviles para una conciencia dotada de sentido

común. Es notable cómo la temática de la *intencionalidad subjetiva* daba legitimidad a la pretensión metódica de la historia. De ahí la equiparación entre documento y acto testimonial. La propia distinción entre fuentes primarias y secundarias recayó en la cualidad de testimonio — informe o notificación de un acontecimiento por parte de un testigo — del que pueden presumir las primeras pero no así las segundas. Si la historia se hace con fuentes primarias, entonces el proceso metódico aporta una base irrefutable que muestra que todas las afirmaciones historiográficas son susceptibles de comprobación — en este caso documental —, de una manera análoga a la comprobación de las afirmaciones científicas estándar.¹³

Pero a diferencia del tratamiento epistemológico que alcanzó autoridad, la delimitación metódica introdujo una discusión que tendió a ponderar la singularidad del procedimiento histórico frente al método científico de las ciencias nomológicas. Por tanto, la contraposición entre el método de la *explicación científica* (relaciones causales, subsunción a leyes generales o universales y procedimiento deductivo) y el *método de la comprensión teleológica* (intencionalidad, aprehensión empática y procedimiento inductivo) supuestamente recogía la diferencia básica entre ciencias naturales y ciencias del espíritu. De ahí que la distinción *naturaleza/espíritu* articuló todo el trasfondo sobre el que se dieron las disputas, les dio legitimidad incluso en sus propias derivaciones y estableció el marco sobre el cual la cultura y los fenómenos sociales pudieron ser pensados. Lo que explica que continuara este tipo de discusión en pleno siglo XX, aunque ya enfrentada a un conjunto de resultados en términos de investigación no sólo social e historiográfica, sino incluso desde el campo de las ciencias naturales, lo que obligó a superar los inconvenientes tanto de las posturas de Dilthey como de las positivistas al estilo de Ernest Mach.

¹³ El ejemplo de esta postura es todo un clásico, al punto que en ciertos momentos aún se evoca su autoridad. Al poner énfasis en la capacidad reconstructiva de lo real pasado, Langlois y Seignobos apuntaron lo siguiente: "La historia se hace con documentos. Los documentos son las huellas que han dejado los pensamientos y los actos de las hombres en otros tiempos [...]. Para deducir legítimamente de un documento el hecho que guarda la huella, hay que tomar numerosas precauciones". Entre estas precauciones tenemos a la heurística, la crítica discriminatoria de documentos útiles de aquellos que no los son y, finalmente, las llamadas ciencias auxiliares de la historia (paleografía, diplomática, filología, etc.)." C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, trad. de Domingo Vaca, Buenos Aires, La Pléyade, 1972, p. 17.

El resultado no fue propiamente una superación que permitiera aclarar las características procedimentales de la investigación histórica. Éste, incluso, no fue propiamente el objetivo buscado. Por un lado, la defensa del factor de comprensibilidad de los fenómenos culturales recayó en una filosofía neokantiana de carácter trascendental que, ya sea por su referencia a un trasfondo de valores como en Rickert,¹⁴ ya sea por medio de una filosofía de las formas simbólicas que puso el acento en las estructuras gramaticales en que éstas se materializan como en Cassirer,¹⁵ no logró continuidad. Esta vertiente mostró rápidamente los inconvenientes de seguir reivindicando una instancia trascendental, ya sea por el lado de los valores que se concretizan históricamente, ya sea por medio de una gramática universal de lo simbólico. En el otro extremo, el neopositivismo buscó demostrar que, independientemente del tipo de ciencia de que se tratara, al final todas serían coincidentes con el núcleo común del método científico.¹⁶ Desde el principio hasta el desenlace de la discusión, la contraposición entre explicación y comprensión mostró una gran indiferencia respecto al proceso de investigación histórica —en particular su intermediación documental—, además de mostrarse indiferente a la discusión teórica y metodológica que venía desarrollándose en el campo de las ciencias sociales.

Ni en el caso de la lógica de investigación histórica, ni en las elaboraciones producidas en la investigación social, se podían encontrar correspondencias directas con los términos de la discusión filosófica en boga. La manera en que esto impactó los aspectos metodológicos de la historia cambió radicalmente el tipo de consideraciones anteriores sobre el valor y naturaleza del documento histórico. Paralelamente al rompimiento de ese vínculo altamente estimado por el historicismo, esto es, el habido entre fuente histórica y cualidad testimonial, se fue haciendo cada vez más notoria la ampliación de la base disciplinaria de la historia con la implementación de nuevos

¹⁴ Heinrich Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, trad. de Manuel García Morente, 4a. ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1965, 211 p. Del mismo autor: *Science and history: A critique of positivist epistemology*, trad. de George Reisman, Princeton, N. J. D. van Nostrand, 1962, 161 p.

¹⁵ Ernest Cassirer, *La filosofía de las formas simbólicas*, trad. de Ole Hansen-Love y Jean Lacoste, Paris, Minuit, 1957, 3 v.

¹⁶ Para una interesante revisión de estas posturas desde el marco de discusión del dualismo metódico, véase Jürgen Habermas, *La lógica de las ciencias sociales*, 2a. ed., trad. de Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Tecnos, 1990, p. 81 y s.

territorios y objetos de investigación. La locura, las mentalidades, la historia de género o la subalternidad, entre otros, expresan una suerte de *colonización* del campo histórico por parte de temáticas trabajadas desde tiempo atrás por otras disciplinas sociales.¹⁷ En cuanto a la práctica historiográfica, es posible señalar que su orientación dominante, el historicismo, se vació de legitimidad a tal punto que fue reemplazada por una diversidad creciente de tendencias que rompieron con los modelos teóricos que sustentaban los procesos empíricos de investigación, la definición y aplicación de métodos, así como la cualidad de las representaciones históricas finales.

En otras palabras, la lógica de investigación fue reconvertida en su conjunto rompiendo con la vieja definición de la historia como ciencia del espíritu o de las ideas. De tal manera que el tipo de investigación que ponderaba el privilegio de la historia política y diplomática dejó su lugar a una ampliación en el horizonte temático, pero también dislocó la forma de tratamiento teórico. La aparición de la historia económica y social durante la primera mitad del siglo XX constituye el umbral de tal diversificación; pero éste sólo es el inicio de una tendencia que no ha cesado de profundizarse.¹⁸ Es posible definir esta ampliación como *dispersión paradigmática*, situación que se manifiesta en una especialización creciente de ramas de investigación histórica al punto de no guardar relaciones entre sí en cuanto a sus estatutos cognitivos, pero tampoco en cuanto a los procedimientos metodológicos involucrados. Es en este nivel donde se aplica el doble efecto originado por la situación de transversalidad que guarda la historia con las ciencias sociales.

Así, el efecto inverso entre homogeneización de campos de investigación (compactación y cohesión interna) y heterogeneidad de los campos entre sí (segmentación e inconmensurabilidad) configura la dispersión entre ramas de investigación que, funcionalmente, se dotan de un creciente número de paradigmas. Pero, al mismo tiempo, los alcances teóricos y metodológicos de esos modelos están limitados a su capacidad de adaptación al campo específico

¹⁷ Cfr. Keith Jenkins, *Refiguring history: New thoughts on an old discipline*, London, Routledge, 2003, 74 p.; Michael Stanford, *A companion to the study of history...*; Warren Walsh, *Perspectives and patterns. Discourses on history*, Syracuse, New York, Syracuse University Press, 1962, 148 p.

¹⁸ Guillermo Zermeño Padilla, *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002, p. 106 y s.

de investigación histórica de que ese trate. En otros términos, la determinación de los valores del código *verdadero/no verdadero* y su correcta atribución es sólo posible en tanto la disciplina histórica articula, de nueva cuenta funcionalmente, un creciente número de *programas* que alientan un terreno mucho más amplio para la condicionalidad de las operaciones que se deben producir. En suma, la transformación del saber histórico implicó un cambio sustancial en la tónica de la discusión epistemológica y en la centralidad teórica que la disciplina presentaba todavía hacia la segunda década del siglo XX.

Paralelamente a este proceso y como su resultado lógico, la introducción de modelos conceptuales y métodos de investigación originados en otras esferas de investigación social (programas) desplazó al documento como el factor determinante de su lógica procedimental.¹⁹ El marco de este doble efecto que tuvo su relación articulante con la investigación social fue el proceso de doble cerradura. Así, cuando la historia pudo mostrar que las operaciones realizadas por su lógica de investigación estaban ya condicionadas a la diferencia sistema/entorno, el campo de aplicación programática era mucho menos extenso que el que puede ser observado a fines del siglo XX. En tal sentido, la expansión posterior fue acompañada por una dilatación en sus posibilidades de reproducción autopoiética. En el caso de las facultades del sistema para realizar la autoobservación de la distinción y por tanto, capacitarse para llevar a cabo la diferencia *autorreferencia/heterorreferencia*, se requirió también de una dilatación en las condiciones internas para generar observaciones de segundo orden.

Ambos aspectos están en relación directa con la reproducción de la investigación histórica, pero en un marco diferente al que la dotó de justificación formal en su pasado reciente: al ser definida ciencia del espíritu su desempeño discursivo estaba en consonancia con la problemática antropológica. En sentido inverso a esta adscripción, la investigación histórica posterior presenció un agudo desarrollo en términos de dispersión paradigmática, sólo porque su vinculación con las ciencias sociales indujo su aguda *desantropologización*. Como operación sistémica se despliega en consonancia con

¹⁹ Cfr. Ricardo Nava Murcia, "El mal de archivo en la escritura de la historia", *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, n. 38, enero-junio, 2012, p. 95-126.

los programas generados en diferentes ramas de la investigación social (economía, sociología, antropología social, ciencia política, psicología social, semiótica, etcétera), por lo que las teorías, los sistemas conceptuales y los procedimientos metodológicos que tienen cabida en la lógica de investigación histórica expresan su reorientación cognitiva. Por tanto, la interrelación sistemática entre sus presupuestos epistemológicos, la operación desplegada y la selectividad de los enlaces, así como la funcionalidad que aporta al sistema social, resultan afectadas por la diversidad de puntos de articulación con esas ramas de la investigación social.

Esto vendría a explicar por qué ya no es posible una autodescripción de la disciplina tomando en cuenta una presunta centralidad teórica (ideal de historia), desde la unidad metódica generada en su interior como procedimiento típicamente histórico, así como desde la producción de ilustración para una conciencia histórica moderna necesitada de una visión global de sus orígenes. A partir de la problemática antropológica instituida desde el siglo XVIII y también desde el marco de referencia que se desprende de la distinción *naturaliza/espíritu*, la historia se articulaba como un saber sobre el pasado de la humanidad. En su relación con las ciencias sociales, la historia construye operativamente varios pasados desde los modelos aportados por dichas ciencias. Así, como ciencia de la sociedad, produce “comunicaciones acerca del pasado que tratan de sujetarse a ciertos criterios de validez”²⁰ y, al hacerlo, realiza autodescripciones sociales en contextos temporales que tienen funcionalidad para la propia investigación social.

En otras palabras, la investigación histórica es importante para el conjunto de las ciencias sociales porque alienta sus propios procesos de cerradura cognitiva y, por tanto, de autoobservación. Esta suerte de introducción de contingencia es también importante para el sistema social y su capacidad de reproducción autopoiética, ya

²⁰ “Por último, si la sociedad se reproduce a partir de una operación que es comunicación, y la historia es una ciencia de la sociedad, por lo tanto, la historia debe entenderse como un tipo de comunicación peculiar. La historia como ciencia de la sociedad moderna produce comunicaciones acerca del pasado que tratan de sujetarse a ciertos criterios de validez. Aunque estos últimos sólo sean convenciones que construye la propia comunidad de historiadores, y nada más.” Alfonso Mendiola, “Hacia una teoría de la observación de observaciones: la historia cultural”, *Historias*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Dirección de Estudios Históricos, n. 60, enero-abril, 2005, p. 22.

que requiere de una dimensión compleja en el orden de sus operaciones que permita establecer los límites de sus propios modelos de racionalidad. En el nivel de reflexividad exigido por sus autoobservaciones, los criterios que permiten que la conservación de los límites establecidos del sistema sea, al mismo tiempo, la conservación del sistema mismo, refieren a la posibilidad de repetir la formación de sistema dentro de los sistemas. Al referir a estados anteriores de los subsistemas (economía, política, religión, arte, etcétera), en otras palabras, a sus pasados, la historia participa en la configuración de la unidad del sistema social a partir de señalar lo diferente.

Las comunicaciones históricas refieren a esa diferencia a partir de la cual es posible establecer la unidad múltiple del sistema en términos temporales. Si es pertinente plantear, desde la teoría de los sistemas sociales, que el tiempo es una forma de observación que sólo toma en cuenta la diferencia *pasado/futuro*, entonces ambos lados de la distinción se convierten con “condiciones de posibilidad” para el presente del sistema. Estos horizontes son construcciones del propio sistema sin referencia directa a lo que sucede en el entorno, pero permiten delimitar los estados presentes de la propia operación sistémica.²¹ Estos aspectos variados de la epistemología de la historia serán tratados desde el intento por explicar, desde un enfoque histórico, cómo se produjo ese agudo proceso de desantropologización y paralelamente, cómo se gestó la vinculación con la investigación social. Para ello acudo a un esquema planteado por Michel Foucault en su famoso estudio *Las palabras y las cosas*, particularmente en su apartado final “Las ciencias humanas”, mismo que me permitirá introducir una visión dinámica de la doble cerradura operada en la ciencia histórica y de su peculiar situación de transversalidad.

Foucault: bases para una lectura desde la teoría de sistemas

Si se trata de un enfoque histórico, ello supone una suerte de *re-entry*, esto es, la historia es un acontecimiento histórico, sobre todo en su conformación como una ciencia, que produce observaciones de segundo orden sobre lo social. Por tanto, busco definirla en términos

²¹ Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría...*, p. 97.

autorreferenciales según la distinción *pasado/futuro*. El estudio que le dedicó Foucault a la emergencia de las ciencias humanas — una *arqueología* de esas formas peculiares de saber — no ha sido totalmente reconocido en su densidad historiográfica. Si bien su arquitectura alude a un sinfín de entrelazamientos críticos, por ejemplo con Kant, Heidegger, Hegel, y con otras posturas contemporáneas, no se le ha dedicado la misma atención a su condición de investigación histórica, misma que además permite reflexionar teóricamente sobre la propia disciplina.

Tachado en su momento de manifiesto estructuralista, considerado por algunos como un ataque explícito a la historia o bien, como un caso ejemplar de aquellos excesos antihumanistas propios de la racionalidad tecnocrática contemporánea, estas sucesivas apreciaciones probablemente escondan más que lo que muestran.²² No ya como una presunción que espera ser confirmada sino como una perspectiva que ha mostrado sus beneficios, considero que la estructura del libro de Foucault está constituida por diferentes estratos o niveles en constante interrelación. En cuanto es factible aislar ciertas líneas argumentativas y expositivas, independientemente de las cualidades explicativas desplegadas en el estudio, tanto en términos horizontales como verticales se registran una variedad de interpretaciones posibles.

En este caso, la intención consiste en aislar uno de estos estratos, delimitar sus potencialidades de análisis y reconducirlas hacia un grupo de cuestiones que no están necesariamente conectadas, ni con las temáticas reconocidas como contenido del texto, ni con las posturas filosóficas asumidas por el propio Foucault. La intención en este punto puede revelar un cierto sentido: acreditar un marco formal de explicación sobre la transformación de la disciplina histórica a lo largo del siglo XX, a partir de lo discutido en el apartado “Las ciencias humanas”. Dicha transformación puede entenderse como un desarrollo que vacía de contenido el basamento antropológico

²² Como interpretaciones modélicas en el sentido planteado arriba, se pueden consultar los siguientes textos: Pierre Daix, *Claves del estructuralismo: Piaget, Althusser, Foucault...*, Buenos Aires, Calden, 1969, 153 p.; Dominique Lecourt, *Para una crítica a la epistemología*, 6a. ed. corregida, México, Siglo XXI, 1987, 99 p.; Joseph Rassam, *Michel Foucault: las palabras y las cosas*, trad. de Manuel Olasagasti, Madrid, Magisterio Español, 1978, 142 p.; J. G. Merquior, *Foucault o el nihilismo de la cátedra*, trad. de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 323 p.

que la historia presentaba en su marco de emergencia decimonónico. Como asunto derivado de esta suerte de tesis general, se trata de mostrar por qué la historia no puede simplemente ser definida desde el concepto decimonónico de ciencia humana.

Si bien esta situación fue particularmente crucial para el historicismo decimonónico —su modelo de investigación y de ciencia histórica no puede entenderse más que desde este marco—, su derrumbe a partir de los años treinta del siglo pasado estableció un emplazamiento diametralmente diferente. Su vinculación con la investigación social —relación que le permitió articular tanto procedimientos como modelos conceptuales que resultaron cruciales para la continuidad de la propia disciplina— introdujo una suerte de desantropologización que terminó por desautorizar la fundamentación teórica convencional, esto es, como ciencia del espíritu. La condición a la que condujo el mencionado proceso de transformación terminó consolidando a la disciplina como una clase de racionalidad operativa que se encuentra en interrelación con las formas contemporáneas de la reflexividad, antes que una estructura cognitiva que produce conocimientos sobre realidades humanas pasadas.

Se entiende como reflexividad a la capacidad de establecer sistemáticamente observaciones de segundo orden, de ahí que sus potencialidades tengan que ver más con incrementos de *autotematización* —es decir, donde el tema de la comunicación es la unidad del sistema— que con la acreditación objetiva de sus resultados de investigación. Dos tipos de cuestiones interesa abordar en lo que sigue. Primero, ¿es posible derivar otros funcionamientos textuales, en este caso de la obra foucaultiana, que rompan sus estables vinculaciones hermenéuticas para dejar aparecer otras problemáticas aleatorias? Esas *estables vinculaciones hermenéuticas* se refieren tanto al contexto filosófico en que emergieron en su momento y que derivaron en intensas discusiones, como a las ya habituales recepciones historiográficas que han cubierto el panorama de territorios de investigación importantes.

En segundo lugar, establecer una conexión de ese dispositivo textual con otro tipo de cuestiones que no se encontraban en su original marco de emisión y recepción —esas problemáticas aleatorias—, ¿tiene implicaciones teóricas relevante para la propia disciplina histórica en relación a su configuración sistémica, esto es, como

medio de comunicación? En esta segunda interrogación se encuentra presupuesta la vinculación necesaria entre evolución histórica de la disciplina y las formas de estabilizar su propia cerradura operativa, así como su posterior obturación cognitiva. De tal modo que la historicidad misma de la historia se convierte en un problema central, no sólo como un agregado narrativo de su característica evolución, sino como condicionante para la operación que puede autosostener — fijación del código *verdadero/no verdadero* en su efecto de bifurcación.²³

Es ese mismo efecto de historicidad y bifurcación el que se despliega en sus reglas de transformación y continuidad. Por tanto, las dos interrogantes planteadas asumen la posibilidad de realizar una lectura del texto mencionado de Foucault desde la teoría de sistemas de Luhmann, todo con el fin de establecer el sentido de la transformación de la historia y su configuración epistémica actual. Esta temática se destaca de manera determinante puesto que el problema de su propia historicidad resulta ser el más apremiante, no sólo como instancia de definición de sus contenidos y límites, sino de su propia naturaleza teórica. Si ya Michel de Certeau apuntaba que la función de la historia no puede consistir más en “proveer a la sociedad de representaciones globales”, entonces el siglo XIX, sustituyendo el problema de la “realidad como sustancia ontológica” por el del sentido del devenir social, terminó por lastrar la empresa epistemológica aplicada a esta disciplina. “Ella no tiene más la función totalizante que consistía en remplazar a la filosofía en su papel de decir el sentido.”²⁴

Por todo lo anterior, la intensificación de ese rasgo de transdisciplinarietà que mostraba ya con anterioridad, a finales del siglo XX se reconvierte en una operación cuyo objetivo consiste en ejercer una crítica histórica de nuestros modelos de racionalidad presente. Tomando como elemento central la distinción *pasado/futuro* — de manera paralela a la codificación que como empresa científica le

²³ “Con un término perteneciente a la teoría de sistemas, se puede designar el efecto de un código instalado también como bifurcación. La adquisición continua de conocimiento toma el camino de la verdad, no de la no verdad. Independientemente de cómo se haya tomado la decisión: como consecuencia se producen colecciones de conocimiento y formas de teoría que tienen carácter histórico y que a continuación fijan las reglas para su propia transformación.” Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad...*, p. 150-151.

²⁴ Michel de Certeau, *La escritura de la historia...*, p. 93-94.

corresponde —, se puede afirmar que los límites de nuestro presente establecen, al mismo tiempo, los límites de nuestras formas de racionalidad.²⁵ Ahora bien, la recepción de los textos foucaultianos ha variado no sólo respecto a la diversidad de contextos temporales, puesto que también las acreditaciones realizadas en su momento sobre aspectos teóricos y metodológicos se han movido sensiblemente. Particularmente las vinculaciones establecidas entre la investigación histórica y los estudios realizados por Foucault han sido objeto de múltiples artículos, libros, comunicaciones en congresos y coloquios.²⁶

La multiplicidad de trabajos, estilos interpretativos, así como instrumentales analíticos, no ha dejado de incrementarse cada tanto. Aun cuando los diversos acercamientos han seguido los dictados, ya sea de modas pasajeras o motivaciones sistemáticas de gran rigor, ya sea como esclarecimiento teórico y metodológico para investigaciones paralelas en disciplinas varias, esa obra no ha dejado de motivar interés desde una multiplicidad de emplazamientos. Parece que la falta de continuidad en la recepción no deja de ser expresión de un itinerario intelectual nunca ajustado necesariamente a una permanencia, ni en cuanto al enfoque involucrado ni mucho menos respecto a una temática y su forma de abordaje. Si agregamos que después de la muerte del autor han seguido apareciendo textos firmados por ese nombre propio — conferencias, escritos sueltos, cursos, entrevistas, etcétera — dicha expansión ha forzado, al mismo

²⁵ Alfonso Mendiola, “La inestabilidad de lo real en la ciencia de la historia: ¿argumentativa y/o narrativa?”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, n. 24, 2005, p. 112.

²⁶ De entre una amplia gama de trabajos y estudios, cito sólo aquellos que me parecen más destacados: Francisco Vázquez García, *Foucault y los historiadores*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1988, 178 p.; del mismo autor, *Foucault. La historia como crítica de la razón*, Barcelona, Montecinos, 1995, 157 p.; Miguel Morey, “M. Foucault y el problema del sentido de la historia”, en Ramón Máiz (comp.), *Discurso, poder, sujeto. Lecturas sobre Michel Foucault*, Santiago de Compostela, Universidad de Compostela, 1986, p. 45-54; Jan Goldstein (ed.), *Foucault and the writing of history*, Oxford, Blackwell, 1994, 210 p.; Roger Chartier, *Escribir las prácticas: Foucault, de Certeau, Marin*, trad. de Horacio Pons, Buenos Aires, Manantial, 1996, 127 p.; Gary Gutting (ed.), *The Cambridge Companion to Foucault*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, 360 p.; Mitchell Dean, *Critical and effective histories: Foucault's methods and historical sociology*, London, Routledge, 1994, 237 p.; Clare O'Farrell, *Foucault: Historian or philosopher?*, New York, St. Martin, 1989, 188 p. Si agregamos los múltiples artículos en revistas especializadas en historia, *Annales*, *History and Theory*, *Journal of Modern History*, *Historical Reflections*, entre otras, la lista sería interminable.

tiempo, una continuada ampliación y oscilación en cuanto al conjunto de interpretaciones.

Así, las coordenadas hermenéuticas que en un momento presidieron la utilización de los textos foucaultianos —sucesividad metódica y/o sucesividad temática— son ya parte de la historia de su recepción y no la descripción de una situación contemporánea.²⁷ Por tanto, me parece que el acercamiento a la discusión planteada por Foucault respecto a las ciencias humanas —un ámbito textual como desempeño discursivo preciso— escapa a las determinaciones propiamente hermenéuticas para la apropiación de un sentido y su proyección práctica. Tomando distancia de la *arqueología* como método y de la referencia al *saber* a manera de temática particularizada, existe una complejidad en el armazón discursivo de la última parte del libro *Las palabras y las cosas* de gran riqueza reflexiva. Su densidad y dificultad de acceso se debe a que establece una relación directa con los trabajos de Alexander Koyré, Bachelard, hasta los desarrollos del propio Canguilhem, que no se reducen a ninguna de las opciones interpretativas que se han formulado desde su aparición en el panorama intelectual francés. Esto al punto de poder considerar ese trabajo foucaultiano como un aporte de valía en el terreno de la historia epistemológica o de las ciencias y que tiene en esos nombres, precisamente, sus distintivos más reivindicados. Lo que no oculta una serie de diálogos tensos con esa vertiente, aun cuando en buena medida se reconozca en ella. Así, se conforma un intenso intercambio crítico sobre las distancias que separan el tipo de análisis foucaultiano centrado en la problemática de las ciencias humanas de aquellos otros que se interesaron por disciplinas claramente formalizadas, por ejemplo, los estudios sobre la física de Newton. Debe tenerse en cuenta, además, que aportes como la

²⁷ La sucesividad metódica se enmarcó en la posibilidad de delimitar lógicas procedimentales que, aisladas de su esfera de operatividad original (los textos foucaultianos), pudieran ser extrapoladas a otros campos de investigación sin pérdida de contenido empírico. Así, el “método arqueológico”, el “método genealógico”, incluso el pretendido “método hermenéutico”, formaban una suerte de stock ya probado y legitimado, cuyo problema central sólo era el de su aplicabilidad rigurosa. Destino parecido le esperó a la sucesividad temática (saber, poder, subjetividad). Véase al respecto, Patxi Lanceros, *Avatares del hombre. El pensamiento de Michel Foucault*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1996, p. 18 y s.; también, Miguel Morey, “La cuestión del método”, introducción al libro de Michel Foucault, *Las tecnologías del yo*, trad. de Mercedes Allendesalazar, Barcelona, Paidós/Universidad Autónoma de Barcelona, 1996, p. 9-44.

armazón argumentativa utilizada, los tratamientos analíticos de las prácticas discursivas al tipo de *economías conceptuales* en las diferentes disciplinas, también la interrogación sobre la pertinencia de categorías centrales (*ruptura arqueológica* frente a *umbral epistemológico*, entre otros), llegando a la discusión sobre la existencia de progreso cognitivo que puede deducirse desde formas de racionalización modernas, etcétera, fueron utilizados por Foucault.²⁸

No es posible ahondar en la profundidad que adquirieron estos intercambios dada la orientación de este trabajo, pero sí señalar una vertiente claramente contraria a la reducción clasificatoria, tanto metodológica como temática que apunta con precisión Patxi Landeros. Esta vinculación con aquella vertiente de historia de la ciencia, típicamente francesa en todo caso, no es simplemente un dato de erudición, ni una opción de recepción frente a otras puesto que toca el meollo del asunto: no se trata de autorizar una visión interpretativa sobre el conjunto de la obra de Michel Foucault a partir de la recurrencia a una pretendida unidad incluso previa; tampoco de resaltar una coherencia profunda por sobre la deriva temática, ya presumiendo la existencia de un conjunto metódico aislable y posible de aplicar en otros campos, ya aduciendo la conformación de teorías — sobre el saber, el poder o el sujeto moderno — que esperan la afiliación voluntaria de los intelectuales.

Lo que muestra la discusión que se presentó en el seno de la historia epistemológica francesa es algo que el propio Foucault adujo incontables veces, a saber, sus trabajos presentan múltiples niveles interpretativos, aluden a estratos diferenciados de análisis, en fin, conforman una dispersión de *intervenciones* que esquivan toda coherencia de principio.²⁹ Se podría llevar más allá esta apreciación, pues textos individuales, como el que aquí interesa, dejan de ser

²⁸ Cfr. Georges Canguilhem, “¿Mort de l’homme ou épuisement du cogito?”, *Critique*, Paris, n. 24, p. 519-618; del mismo autor, *Études d’histoire et de philosophie des sciences*, 5a. ed. aumentada, Paris, J. Vrin, 1983, 414 p.

²⁹ “Ahora bien, creo que la instauración de una discursividad es heterogénea a sus transformaciones exteriores. Desplegar un tipo de discursividad como el psicoanálisis, tal como fue instaurado por Freud, no es darle una generalidad formal que no podía tener al principio, es simplemente abrirle un cierto número de posibilidades de aplicación. Limitarlo es, en realidad, tratar de aislar en el acto instaurador un número eventualmente restringido de proposiciones o enunciados, únicamente a los cuales se les reconoce valor fundador [...]”. Michel Foucault, “¿Qué es un autor?”, en *Entre filosofía y literatura*, introducción, trad. y ed. de Miguel Morey, Barcelona, Paidós, 1999, p. 346.

vistos como unidad en sí mismos — *instauraciones discursivas* las denominó Foucault—. Frente a una aseveración como la anterior, el impulso de recuperación de esos dispositivos textuales y siempre teniendo como horizonte el sentido global de la obra incluso como premisa de lectura, arroja otro tipo de implicaciones. En una postura contraria a la que asume que los libros son un espacio de suyo heterogéneo, se parte del hecho de que tales unidades son expresión de una intencionalidad autoral, presupuesto que ha dominado los dos criterios de recepción mencionados arriba.

De modo que los libros de Foucault se conforman como unidades formales y/o fundadoras que, en una segunda instancia, terminarían por articular como elemento derivado las relaciones que pueden ser identificadas como tejido de una estructura omniabarcante. Es en ese sentido que dicho conjunto más vasto, propio de una configuración típicamente holística, es resultado de la relación sistemática de todo el conjunto de instauraciones discursivas —en todo caso, *una obra*—. No está por demás enfatizar que en esa forma de estructuración tiene un papel central la dialéctica *del todo y las partes*, según Luhmann, estrategia propia de un paradigma ya superado. En un tercer momento de derivación, las sucesivas interpretaciones tendrían que ser tributarias del acto fundador, por lo que deben inscribirse en una exigencia central que tiene en Freud, no sólo una figura modélica, sino al mismo tiempo equívoca: “el retorno al origen”. Pero, ¿hacia qué se retorna y por qué? Primero, ese retorno tiene como condición al olvido, entendiéndolo como una operación que está ya en la base misma de la instauración discursiva: es el olvido de la ley del texto. De ahí nace la exigencia de regresar al texto como espacio instaurador. Pero ese retorno está ya preñado de una equivocidad que nace de la propia interpretación:

se regresa al texto mismo, al texto en su desnudez y, a la vez, sin embargo, se regresa a lo que está marcado en hueco, en ausencia, como laguna en el texto [...] de ahí el juego perpetuo que caracteriza a esos retornos a la instauración discursiva —juego que consiste en decir por una parte: esto ya estaba allí, bastaba con leer, todo se encuentra allí, hacía falta que los ojos estuvieran bien cerrados y los oídos bien tapados para que no fuera visto ni oído; e, inversamente: no, esto no está ni en esta palabra ni en aquella, ninguna de las palabras visibles y legibles dice lo que ahora está en cuestión, se trata más bien de lo que se

dice a través de las palabras, en su espaciamento, en la distancia que las separa —.³⁰

Segundo, en esa distancia surge algo que perturba el retorno —podría ser también el caso de aquella consigna del “retorno a las fuentes” —, pues la *relectura* de esos actos instauradores no puede ser más que una *reactualización*: “la reinserción de un discurso en un dominio de generalización, de aplicación o de transformación que es nuevo para él.”³¹ En la perspectiva de Foucault, al reinsertar el texto en otro espacio o dominio — en este caso podría resultar que el espacio refiere a otro interés general de tipo problemático —, se vulnera su cualidad de fundación discursiva dependiente de la ley del texto o del autor. En otras palabras, la interpretación de un texto (una reactualización como reinserción textual en todo caso) debe interpellar la ley del texto al mismo tiempo que está obligada a poner en aprietos a la intencionalidad autoral como criterio central. Este juego presumiblemente perpetuo, dimensión sólo acreditable a aquellas lecturas sobre Foucault que pretenden decirnos autorizadamente cómo leerlo, relaciona finalmente aquellas dos capas de textualidad: el texto y aquello que lo permite pero que no se encuentra en el mismo plano discursivo.

Por tanto, toda interpretación — forma terciaria de derivación — tendría que centrarse en lo que dice el discurso y además clarificar ese nivel que actúa como su condición. Desde esta presunción, ambas variables presentan una relación supuestamente clara de *isomorfismo*. Coincidente con el reclamo a esta postura por el propio Foucault, pero en un contexto muy diferente, Ankersmit asume la inoperancia de ambas instancias y de su interrelación. Tratando de demostrar que la historiografía contemporánea puede ser entendida como una forma típicamente postmoderna, esto es, una situación histórica donde el pasado como referente material ha cedido su lugar al vasto mundo de las interpretaciones, Ankersmit acude al ejemplo de la obra de Hobbes. La intensa discusión que suscitada en la filosofía política de los últimos cuatro decenios ha producido un fenómeno que no resulta exclusivo de esta disciplina: la sobreproducción de trabajos, en este caso, sobre el *Leviatán*.

³⁰ *Ibid.*, p. 347-348.

³¹ *Ibid.*, p. 347.

Es una verdadera “guerra de interpretaciones” que no reconoce límites, sino que, en un sentido contrario a la “moderación” intelectual que todavía privaba en los años sesenta, se incrementa cada vez más el número de autores al punto de volver inabarcable el horizonte exegético. Precisamente, por el camino del *exceso* discursivo, la situación nos ha conducido a dos aspectos que se vuelven más significativos para el campo de la historiografía. En primer lugar, “la argumentación sobre Hobbes tiende a adoptar la naturaleza de una discusión sobre la interpretación de Hobbes, más que sobre su trabajo.”³² Por este camino llegaríamos al punto de que el motivo de la disputa, esa *instauración discursiva* que en palabras de Foucault delimita al texto primero, no tendría ya que ser leído. De ahí el segundo aspecto: en esta selva inabarcable de interpretaciones el texto original perdió la función de arbitrar el debate y ser la última instancia de autoridad frente al cúmulo de comentarios. Se volvió vago, una especie de pintura cuyas líneas ya nos resultan borrosas, asevera Ankersmit.

Textualidades y comunicación

Ni siquiera el proceso inverso, es decir, ir de las interpretaciones para después acceder al texto motivo de ellas, podría asegurarnos que al final aparecería el texto mismo en el sentido de realidad prístina e inmaculada. Lo que finalmente nos queda de todo intento de recuperación y en un ambiente indudablemente *postmoderno*, es la imposibilidad de objetivación del propio campo textual. “Resumiendo, ya no tenemos textos, ni pasado, sino sólo interpretaciones.”³³ Si el texto motivo de múltiples y encontradas interpretaciones se ha desvanecido precisamente como momento de *instauración discursiva*, esto quiere decir que todo retorno debe ser pensado en términos de una ambigüedad central: aquella que tiene que ver con la escritura misma. Lo que ella dice ya no está anclado en la temática de la expresividad — un conjunto de ideas o pensamientos enunciados claramente — sino en su dimensión contraria. En otras palabras, en la

³² Frank R. Ankersmit, “Historiografía y postmodernismo”, *Historia Social*, Valencia, UNED, n. 50, 2004, p. 7.

³³ *Idem*.

posibilidad de instaurar a partir de lo dicho otras modalidades de funcionamiento de lo textual que se encuentran siempre situadas.

La *regularidad* escriturística ahora se experimenta del lado de sus límites. Pero esos límites se especifican como acto de “transgresión y de inversión de esta regularidad que acepta y con la que juega; la escritura se despliega como un juego que va infaliblemente más allá de sus reglas y de este modo pasa al afuera”³⁴ Digamos incluso que reconvierte la ley del texto por medio de la cual se convierte en espacio de dispersión anónima. ¿Cómo, entonces, instaurar otras posibilidades de acercamiento a lo textual que se desplieguen en el *espacio del afuera*? Claro está, entendiendo dicho espacio como aquel que no puede ser fiel ni al pensamiento del autor ni a la ley del texto como instauración discursiva. Se trata de poner a funcionar el texto en una dimensión diferente, en otro espacio de aplicación, con el fin de medir sus posibilidades reflexivas. Una reactualización que intenta aislar ciertos momentos teóricos, determinadas estructuras conceptuales y categoriales, todo ello para establecer su operatividad en un medio problemático ajeno a las descripciones globales de la obra de Foucault, ya sean temáticas o metodológicas, como las señaladas arriba. Dicho medio toca cuestiones cruciales, así lo entiendo, para la propia disciplina histórica y sus capacidades reflexivas.

Las apreciaciones anteriores pueden ser, por supuesto, aplicadas al propio ejercicio de lectura de la obra de Luhmann, ejercicio que puede ser acreditado teniendo en cuenta los criterios de utilización insertos en contextos históricos específicos, lo que ya implica de entrada entenderlo como proceso comunicativo. Tanto la escritura como la lectura —y la historia es una ciencia que liga su condición de posibilidad al registro escrito e impreso— deben ser asumidos en términos no de lo que pueden informar sobre el mundo, sino como un desarrollo que consiste en transformar ambas instancia en elementos de continuación de la propia comunicación. Como elementos que suponen ya una ruptura radical con la comunicación entre presentes y propia de la oralidad primaria, la forma escrita, y la lectura correspondiente, se conforman en una dimensión temporal que tiene por resultado un desacoplamiento del propio acontecimiento comunicativo.

³⁴ Michel Foucault, “¿Qué es un autor?...” , p. 333.

A diferencia de la oralidad, la dualidad escritura/lectura es manifestación de una falta de simultaneidad entre el acto de comunicar y el de comprender, dos de las instancias de todo proceso comunicativo. La separación temporal entre escribir (acto de comunicar) y leer (comprender) arroja consecuencias amplias para los propios medios de *comunicación simbólicamente generalizados*. En sentido estricto, la historia tiene un involucramiento singular con la escritura/lectura no necesariamente generalizable a los demás medios, pues ya dicho desacoplamiento reproduce la diferencia temporal pasado/futuro como observación del sistema. Esta diferencia alude directamente al problema del tiempo como presente, pero la virtualidad del pasado y del futuro no rompe con esta simultaneidad del suceder (“todo lo que sucede sucede en el presente y sucede simultáneamente”, señala Luhmann). Sin embargo, la escritura, y la distancia que se abre con el momento posterior de la lectura, rompe con esta simultaneidad, por lo que se realiza algo no habitual en la oralidad: el acto de escribir instituye su futuro como recepción, mientras el cumplimiento de ese futuro convierte lo que se lee en pasado.

Se trata de la “ilusión de la simultaneidad de lo no simultáneo”.³⁵ Todo ello supone que comprender no puede agotarse en esa instauración discursiva, ni por la recuperación de la intención autoral, ni por el espesor de lo que dice el texto. Recorro a la formulación de Luhmann al respecto: comprender es acceder a la diferencia entre acto de comunicar e información. Nada parecería ser más evidente si se atiende al rasgo definitorio del proceso de escritura/lectura, pues su desacoplamiento dirige la atención directamente a esa diferencia sustancial. Ésta instituye con rigor la posibilidad de distinguir entre heterorreferencia y autorreferencia: la primera permite volver tema el acto de comunicar (podría decirse que se vuelve sobre la escritura misma y su forma de estructuración); la segunda convierte en tema lo que se informa (lo que dice el texto). Tanto uno como el otro suponen necesariamente otra comunicación posterior, por lo que la lectura no se queda en el acto de recepción de una conciencia diferente a la del autor: así como la escritura es una forma social, la

³⁵ Niklas Luhmann y Raffaele de Georgi, *Teoría de la sociedad*, trad. de Miguel Romero Pérez y Carlos Villalobos, coordinación de la traducción de Javier Torres Nafarrate, Guadalajara, México, Universidad de Guadalajara/Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1993, p. 106.

lectura requiere también ser comunicada, ya sea de manera oral o por medio de otra escritura (recursividad).

La improbabilidad de continuar con la comunicación es resuelta, en una sociedad donde el escrito alcanza primacía por medio de la aparición y multiplicación de géneros especializados. Estas modalidades de comunicación escrita están obligadas a objetivar el tema, independientemente del acto comunicativo, puesto que no pueden ya depender de una interacción cara a cara, de tal manera que se relacionan directamente con la aparición de racionalidades específicas, entre ellas las ciencias, el derecho, la política, etcétera. Es decir, la observación social está ligada a la forma escritura —acoplamientos en sentido estricto—, pues es un proceso comunicativo que tiene la cualidad de ser autorreflexivo: esta dimensión se agrega a la necesidad de objetivación de la información o del tema, complejizando aún más el proceso global por el cual la sociedad se reproduce por medio de comunicaciones. Ambos aspectos permiten que las estructuras lógicas, expresadas discursivamente por medio de sistemas escritos, se autonomicen del intercambio conversacional cara a cara.³⁶

No se trata de que la escritura/lectura aliente un proceso de captación de mayor conocimiento, pues esa objetivación temática no se refiere a la objetivación ontológica de una sustancia perceptible externa, más bien permite dotar al sistema social de un mayor potencial para la comunicación de la autoobservación, sin que tenga que recurrir a un incremento proporcional en su potencialidad de la acción (leer no es actuar coordinadamente con otros).³⁷ Desligando la comunicación de la necesidad de acción es como se autonomizan esas estructuras lógicas que están en la base de las racionalidades formales, pero también rompen la conexión de la aceptación de la comunicación a los elementos tradicionales que la aseguraban en aquellas sociedades de oralidad primaria, por el ejemplo, el prestigio de la persona que emitía un juicio. Por eso, lo crucial se traslada hacia el futuro del acto escriturístico, donde la recepción adquiere una prioridad insospechada en el contexto de sociedades no funcionalmente diferenciadas, puesto que el lector está en condiciones de

³⁶ Alfonso Mendiola, "Las tecnologías de la comunicación. De la racionalidad oral a la racionalidad impresa", *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, n. 18, 2002, p. 35-36.

³⁷ Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría...*, p. 306.

evaluar la propia comunicación de forma más libre en el sentido de que ya no depende del autor.

Dos elementos previos requiere la recursividad en la comunicación escrita que pasa por la constitución de textos impresos: primero, el escritor se realiza para un público específico; segundo, ese público comparte con el escritor el conocimiento de los rudimentos del género del que se trata. Estos dos aspectos no contradicen el hecho de que la lectura es un ejercicio que no puede ser controlado previamente, ni por el autor ni por la objetivación temática. Con el *aplazamiento* del acto de comprender, que deja en suspenso la posibilidad del entender propio del ejercicio lector, se genera una ampliación en el espectro de posibles interpretaciones. La escritura es un medio que amplía las *redundancias sociales*. Como materialidad se estabiliza incluso temporalmente, inhibiendo con ello las sorpresas en la información: los géneros mismos pertenecen al orden de lo previsible. Quizá por ello la exigencia social sobre la originalidad se amplíe cada vez más, al tiempo que las reglas genéricas de los discursos impresos se consolidan normativamente. Pero por debajo de la estabilidad material de los discursos impresos, su orientación temporal hacia los futuros lectores lo convierte en un *médium secundario*, donde la efectiva construcción de *formas* sólo se logra en el cúmulo de recepciones efectivas.³⁸

Paralelo a la ampliación de redundancias, las interpretaciones amplían también su rango, pero en el sentido de una imprevisible apertura en las futuras capacidades de enlace. Esos enlaces son en realidad interpretaciones estabilizadas, a su vez, en otros textos impresos que son también susceptibles de interpretación bajo el mismo principio de imprevisibilidad. Esto significa que el resultado del ejercicio de lectura nunca puede ser controlado, lo que viene a ser una secuela del estado general del sistema social: con la escritura, *“la sociedad renuncia, pues, a la garantía temporal e interaccional de la unidad de la operación comunicativa”*.³⁹ De ahí que la única manera

³⁸ Niklas Luhmann, *La sociedad de la sociedad*, trad. de Javier Torres Nafarrate, bajo el cuidado conceptual de Darío Rodríguez Mansilla y estilístico de Marco Ornelas Esquinca, Rafael Mesa Iturbide y Areli Montes Suárez, México, Herder/Universidad Iberoamericana, 2007, p. 201. Véase también, Alfonso Mendiola, “Los géneros discursivos como constructores de realidad. Un acercamiento mediante la teoría de Niklas Luhmann”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, n. 32, 2009, p. 21-60.

³⁹ *Ibid.*, p. 199. Las cursivas son de Luhmann.

por la cual pueda decirse que se comprendió un texto es estabilizar la interpretación respectiva en otro dispositivo textual, dando con ello pie a la reproducción de la comunicación escrita como recursividad. Así, un médium secundario (una comunicación) permite su continuidad con la aparición de otro médium secundario, es decir, otras comunicaciones (se entiende que ya este segundo nivel implica generación de más textos).

Entonces la apreciación de Foucault sobre las posibilidades de reinscripción de un dispositivo textual — un discurso en todo caso — en un dominio nuevo de generalización o de aplicación se convierte en un precepto que acepta la circularidad como virtud. Así como preside la recepción de una parte de *Las palabras y las cosas* bajo los objetivos ya exhibidos, tomar a los textos impresos como *médium secundario* para la construcción de *formas* como enlaces futuros — interpretaciones no gestionadas por la conciencia que interpreta — alcanza a cubrir el amplio espectro en el que la disciplina se presenta como trabajo interpretativo: desde las fuentes de archivo hasta los otros dispositivos textuales con los cuales se alimenta. Como espacio de aplicación no necesariamente recurrente (me refiero a las modalidades historiográficas de recepción de la obra foucaultiana), aquí el sentido de generalización consiste en una orientación contraria.

Sin demeritar las variadas utilizaciones de dicha obra en términos de orientación de investigaciones sobre el pasado — en los múltiples aspectos que induce esa recepción, por ejemplo, el problema del poder o de la sexualidad —, se trata más bien en este estudio de otro interés. No ya de cómo hacer historia diferente a partir de Foucault, sino de cómo problematizar el propio quehacer de los historiadores, en el entendido de que este último aspecto define el marco de los problemas teóricos de la historia. En tal sentido, una temática que me parece ineludible en esa suerte de definición tiene que ver con lo ya afirmado antes: explicar tentativamente la transformación histórica de la disciplina como intensificación de su carácter de transversalidad respecto a la investigación social. Frente al establecimiento de aspectos tales como los presupuestos cognitivos, el nivel procedimental de la investigación histórica y de los fines sociales que cumple, amén de las formas de expansión discursiva que los articulan, le antecede una explicación sobre el tipo de cambio que ha afectado sus marcos generales de referencia.

Configuraciones, a priori históricos y complejidad sistémica

Las vertientes de investigación que aparecen en el siglo XX son materia de comprensión, si tomamos como guía el desarrollo y profundización de un impulso previo pero distinguible incluso en la superación del historicismo: por debajo de las diferencias notorias en las modalidades del hacer historiográfico, se reconoce un tronco común que está en correspondencia con su definición decimonónica como ciencia humana. No esconde esta definición —en la tónica ya discutida de las fuertes implicaciones antropológicas que arroja— una perspectiva que encuentra su punto de anclaje en una suerte de sustancia previa, pues deja ver cómo tanto para los niveles teóricos como metodológicos, la invariante *humanista* determina toda reconstrucción historiográfica. En sus proyecciones como lógica de investigación se presupone una estructura unitaria que permite explicar los acontecimientos históricos en su referencia esencial a ese *existente* previo, de tal forma que dichos acontecimientos son tomados como modalidades diferenciadas en las que aquél se expresa. Esto significa que la diversidad de prácticas de investigación histórica que no cesa de incrementarse encuentra su justificación formal por el hecho de que, independientemente de su diversidad, todas ellas remiten a esa estructura esencial.

El enfoque que busco desarrollar, por el contrario, toma a las prácticas de investigación como el núcleo mismo del saber histórico. En tal sentido, las posibilidades de su delimitación teórica están determinadas por la capacidad de recuperar autorreflexivamente la lógica operativa en una situación que marca, más que un encadenamiento progresivo de una misma estructura, una profunda discontinuidad pragmática. La segmentación e inconmensurabilidad resultantes, producto de lo que he denominado dispersión paradigmática, son en realidad efectos análogos a los que se localizan en la esfera más amplia de la sociedad tardomoderna. Así como su evolución conduce a una diferenciación funcional, de forma paralela y al nivel operativo de la investigación histórica, se reproduce en su interior la diferenciación resultante entre sistemas parciales desiguales entre sí, además de la simetría alcanzada por cada uno de esos sistemas parciales. Esto no debería ser materia

de sorpresa o de alarma, pues finalmente se trata de una ciencia de la sociedad.

El doble proceso de *asimetría* entre subsistemas sociales y *simetría* operativa de cada unidad sistémica podría caracterizar la base disciplinaria de la historia. Por tanto, autoobservar históricamente a la disciplina histórica en este doble proceso por medio de los cuales construye observaciones históricas es precisamente el reto. En otras palabras y en términos propiamente de una tesis general que ha guiado en buena medida este estudio, si en el transcurso del siglo XX se ha presentado una aguda transformación de la historia como racionalidad procedimental, es necesario tomar con toda seriedad que esto bien puede ser un efecto de algo más general y abarcante. Se trataría, en efecto, de una disrupción profunda en todas aquellas modalidades que permiten la articulación de los “órdenes sociales de constitución de la experiencia” y sus correspondientes mediaciones discursivas.⁴⁰ Algunos autores han denominado a esta disrupción como una transformación general en el ámbito de lo pensable.⁴¹

Sin embargo, no remite la tónica del cambio al mundo de las ideas subjetivas o a los actos de carácter mental, sino más bien a las configuraciones generales, a los *códigos* o *sistemas* que permiten que algo sea materia de cuestionamiento o problematización; términos por supuesto netamente foucaultianos. No deja de llamar la atención que esta descripción pueda conectarse con la perspectiva de Luhmann

⁴⁰ “En el *Orden del discurso*, Foucault expuso el modo como se articulan los órdenes sociales de constitución de la experiencia (nosotros diríamos de los temas y las aportaciones) con las formas discursivas (nosotros diríamos los actos comunicativos); es decir, cómo elucidar la contingencia de las comunicaciones.” Alfonso Mendiola, *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*, México, Universidad Iberoamericana, 2003, p. 83-84.

⁴¹ Por ejemplo, Habermas, quien propone una suerte de diagnóstico general sobre la transformación de la filosofía, el esfuerzo toma visos de cambio cultural global. Por debajo de las diferencias en las escuelas filosóficas del siglo XX se hacen notar ciertos elementos que las atraviesan —motivos de pensamiento los denomina Habermas— que no responden a modas, definiciones teóricas o preferencias personales. En sus propias palabras: “Pero lo específicamente moderno, que se ha apoderado de todos los movimientos de pensamiento, radica no tanto en el método como en los motivos de ese mismo pensamiento. *Cuatro motivos* caracterizan la ruptura con la tradición. Los rótulos son los siguientes: pensamiento postmetafísico, giro lingüístico, carácter situado de la razón e inversión del primado de la teoría sobre la praxis —o superación del logocentrismo.” Jürgen Habermas, *Pensamiento postmetafísico*, versión castellana de Manuel Jiménez Redondo, México, Taurus, 1990, p. 16.

que alude a una reordenación cultural — la cultura como totalidad posible de observaciones de segunda orden — motivada por la evolución de una sociedad funcionalmente diferenciada. Es en este ámbito donde las comunicaciones se elevan a instancia central en su estructuración sin perder su consistencia contingente. El problema particular, por tanto, consiste en tratar de explicar cómo y por qué — finalmente el tipo de planteamientos que son característicos de la disciplina histórica — se produce el paso de una historia que sólo podía ser entendida como ciencia del hombre (siglo XIX) a otra situación donde la lógica práctica establece los límites de una operación sistémica.

Esta forma operativa debe enfocarse a partir de la dispersión que sufre su lógica de investigación, por lo que la funcionalidad resultante depende directamente de la relación transversal con la investigación social ya mencionada. ¿Puede una relectura de *Las palabras y las cosas*, en particular de su último capítulo, aportar indicaciones pertinentes al respecto? En lo que sigue se intenta afrontar esta interrogación, así como identificar las consecuencias más productivas para reelaborar una teoría de la historia, si todavía se insiste en mantener la expresión. Una primera indicación tiene que ver con una propuesta interpretativa que puede denominarse oblicua y sesgada del texto en cuestión. Dicha indicación se encuentra expresada en el prefacio del texto foucaultiano y consiste en una indicación guía que sirve de entrada a este ejercicio interpretativo: el estudio abordado busca acercarse a las *configuraciones fundamentales* que decantan, para una cultura dada, los *aprioris* históricos a partir de los cuales un código de ordenamiento es posible.⁴²

Se trata de una red entendida como complejo de relaciones que delimita, tanto las formas de aprehensión culturales — se entiende que se trata por tanto de comunicaciones efectivamente realizadas o flujos de información —, como los saberes más o menos formalizados.

⁴² "Tanto que esta región 'media', en la medida en que manifiesta los modos del ser del orden, puede considerarse como la más fundamental: anterior a las palabras, a las percepciones y a los gestos que, según se dice, la traducen con mayor o menor exactitud y felicidad [...] más sólida, más arcaica, menos dudosa, siempre más 'verdadera' que las teorías que intentan darle una forma explícita, una aplicación exhaustiva o un fundamento filosófico. Así, existen en toda cultura, entre el uso que pudiéramos llamar los códigos ordenadores y las reflexiones sobre el orden, una experiencia desnuda del orden y sin modos de ser." Michel Foucault, *Las palabras y las cosas...*, p. 6.

Estos últimos ofrecen una competencia operativa para el conjunto del complejo. Por otro lado, al especificar el campo de las configuraciones se introduce una diferencia fundamental con lo que no puede estar contenido en su articulación — finalmente una distinción con el entorno —, al mismo tiempo que determina la complejidad de las relaciones posibles entre los elementos internos. Esas configuraciones fundamentales son estrictamente anteriores a todo esfuerzo filosófico y analítico que busca tomarlas a su cargo, por lo que los conceptos incluso culturales (modernidad, por ejemplo), las categorías y los esquemas explicativos que las clarifican, son autorreferenciales y circulares. Esto es, no se puede dar cuenta de dichas configuraciones como si se pudiera adoptar el punto de vista de un observador externo.⁴³

Siguiendo la terminología empleada por Foucault de fuerte evocación kantiana, y en relación con esta cualidad de autorreferencialidad, se trata de la *condición de posibilidad* de todo saber positivo, al tiempo que también actúa como sistema general donde lo dicho, las percepciones o experiencias, así como las prácticas mismas, se despliegan en tanto formas *inconscientes de una cultura*.⁴⁴ La posibilidad de formular enunciados en una época particular, las modalidades de entrelazamiento de conjuntos de enunciados que dan forma a prácticas discursivas, finalmente, su cristalización en saberes y ciencias, son todos elementos entrelazados en ese conglomerado de comunicaciones posibles y efectivas que enmarcan la aparición de las ciencias humanas. Estas consideraciones, que se resumen en la cualidad implícita de un cierto orden sistemático, hablan ya de una perspectiva que se relaciona directamente con la noción de *racionalidades formales* o, para utilizar el vocabulario de Foucault, ese *subsuelo arqueológico* en el orden de los saberes que coloca al hombre

⁴³ “Al término ‘sociedad’ no se asocia de hecho una representación unívoca, y lo usualmente designado como ‘social’ tampoco muestra referencias objetivas uniformes. Además, el intento por describir a la sociedad no puede hacerse fuera de la sociedad: hace uso de la comunicación, activa relaciones sociales y se expone a la observación en la sociedad. Entonces, como quiera que pretenda definirse el objeto, la definición misma es ya una de las operaciones del objeto: al realizar lo descrito, la descripción se describe también a sí misma. La descripción debe, pues, aprehender su objeto como objeto-que-se-describe-a-sí-mismo. Usando una expresión proveniente del análisis lógico de la lingüística, podría decirse que toda teoría de la sociedad presenta un componente autológico.” Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad...*, p. 5.

⁴⁴ Patxi Lanceros, *Avatares del hombre...*, p. 88.

como sujeto y objeto de su propio conocimiento, disposición que puede ser objeto de análisis histórico.

Me parece que en este tipo de postulados, definiciones teóricas y metodológicas, es en donde encuentra su lugar la noción *episteme*, tomada ahora como un criterio no sólo heurístico para un proyecto que quiere investigar la formación histórica de nuestros sistemas de racionalidad, sin esquivar la necesidad paralela de dar cuenta de sus propias articulaciones estructurales. Esta alusión a los sistemas sociales como condiciones de posibilidad para los ordenamientos discursivos y realizada por medio de la noción *episteme* es entendible como una referencia al *apriori histórico* interpretado como latencia. En efecto, alude a ese punto ciego que, frente a los regímenes de lo decible, introduce una no visibilidad como condición para un régimen de visibilidad. Éste sería el marco general para una analítica que intenta explicitar el subsuelo de esas ciencias humanas y su condición de emergencia, por lo que define el ámbito de lo sistémico a partir del cual cristalizan formas objetuales de saber — es decir, positivities — y emplazamientos donde se inscriben modalidades de sujeto correlativas.

En suma, en esta esfera de las *configuraciones fundamentales* — ámbito de la complejidad sistémica — es donde se delinean las diferentes formas de los acontecimientos y sus correlativas dimensiones prácticas. No es que defina de principio un índice de homogeneidad y unidad cultural, antes bien, es el espacio que permite el despliegue de los criterios del orden, de la producción enunciativa en sus diferentes niveles, de las formas del hacer más o menos codificadas o reglamentadas. *Serie de series* cuyos entrecruzamientos constituyen propiamente el acontecimiento — una relación más que un estado de cosas — entendido como efecto de dispersión, es decir, cruce imprevisto de procesos diferenciados y heterogéneos. Es, en palabras de Foucault, una esfera de “las sistematicidades discontinuas.”⁴⁵ Sin embargo, como noción, *episteme* reconduce a una limitación explícita: se aplica a la esfera de las prácticas enunciativas como elemento organizador de las competencias discursivas, de lo que puede ser dicho en una época determinada, instituyendo así las

⁴⁵ Michel Foucault, *El orden del discurso*, trad. de Alberto González Troyano, Barcelona, Tusquets, 1974, p. 46.

posibles interdependencias e isomorfismos entre conjuntos de enunciados diversos.

Plasma, por tanto, modalidades organizativas y conjuntos de interacciones estables durante un cierto tiempo en un contexto limitado, donde su funcionalidad se cumple como factor distributivo. En efecto, se aplican esas modalidades e interacciones sobre aquellos entramados discursivos que instituyen, a su vez, formas de saber sobre la vida, el lenguaje y el trabajo. Las interdependencias se encuentran en relación directa con la manera por la cual emergen y se transforman los discursos que se ocupan de ordenar lo sónico, los seres de la naturaleza y los bienes materiales. En su desarrollo típicamente moderno, tales entramados discursivos o ciencias dan la ocasión para la emergencia de otras modalidades de saber que, a diferencia de las anteriores, presumen de una competencia en el orden de la autocomprensión humana. Así, de las ciencias del trabajo, de la vida y del lenguaje, se constituyen como su duplicado epistémico otras formas discursivas o saberes que se encargan, desde el siglo XIX, de dar cuenta de lo social, de los ámbitos individuales y, finalmente, del conjunto de los significados compartidos.

Se trata de un proceso de duplicación que, en la perspectiva del texto comentado, presupone la emergencia de una figura novedosa y ambigua en su propio origen: el hombre y los modos de saber que acompañan su despliegue histórico. Dándose un objeto diferente a los que ya estaban presentes en las ciencias de la vida, del trabajo y del lenguaje, se estructuran como ciencias humanas en una dimensión totalmente inédita en el panorama de la historia occidental, proceso que no es simplemente la orquestación final de una labor reflexiva previa. La pregunta pertinente es ¿qué lugar ocupan dichas formas de saber sobre lo humano — el hombre como ser social, como ser vivo y como sujeto parlante — en el contexto epistémico moderno y cuáles son sus posibilidades de justificación en tanto medios de autocomprensión?

Previo a toda respuesta se debe hacer notar en qué consiste la ambigüedad que le es consustancial y que le viene de una situación altamente paradójica. Dicho problema no es correlativo a la problemática de emergencia de las ciencias de la vida, el lenguaje y el trabajo, pues no sólo su consistencia objetual es diferente, también lo son sus procedimientos y sus marcos teóricos. Parece que la ambigüedad

en la que estaban inmersos esos saberes estaba ya en un marco reflexivo más amplio y característico del contexto decimonónico. En efecto, ya en su vinculación con una temática filosófica previa —la perspectiva fuertemente racionalista del cartesianismo— el hombre como figura de pensamiento y como concepto específico se ve enfrentado a una exigencia de principio, a saber, lograr la absoluta autotransparencia de sí mismo. Lo paradójico es que la tradición racionalista se haya esforzado por mostrar al hombre como *cogito* lúcido, sujeto racional por excelencia, y que, sin embargo, necesitara para conseguirlo de otra cosa (formas de saber) que van más allá del *sí mismo*.

Precisamente por eso la exigencia de principio motiva que los entramados discursivos de las ciencias humanas se hayan adaptado a la forma de discursos sobre lo *mismo*: buscan dar cuenta de las posibilidades de este autoconocimiento en tanto proceso identitario. Pero dicha exigencia se le plantea a un sujeto que aparece como instancia cognoscente por excelencia, incluso como sujeto absoluto de todo conocimiento del mundo natural. Lo que supone que este hombre lúcido, capaz de conocer su entorno natural, se ve constreñido por una situación de principio, esto es, la falta absoluta de conocimiento sobre sí. Este rasgo imprime una suerte de perplejidad en los saberes sobre el hombre, puesto que, queriendo encontrar al sujeto que produce representaciones —incluso sobre la vida, el lenguaje y el trabajo—, y al auxiliarse de formas novedosas de saber sobre sí como identidad, lo único que encuentra son otras representaciones. Podría decirse que esas otras representaciones son sobre sí mismo, por lo que atravesándolas se llegaría a una descripción uniforme y coherente.

Sin embargo, esos resultados aportados por las ciencias humanas, más que permitir una descripción unitaria lo dispersan en construcciones condicionadas, mostrándole, por el contrario, su límite esencial: esa condición mortal que no puede esquivar. Las *positividades* en que se dispersa el hombre como sujeto —la sociedad como mundo de relaciones, la vida y sus apremios, los signos y sus leyes— le señalan su alteridad, ese implícito fundamental que sin embargo se constituye como aquel *subsuelo* arqueológico que las permite. A esta problemática Foucault la denominó *analítica de la finitud*. Como sujeto finito pero lúcido, reencuentra al final de cada ejercicio de autocomprensión la incapacidad de dar cuenta absoluta de su propia

naturaleza, dado que la propia finitud lo impide.⁴⁶ Desprendiéndose de la forma en que se despliega la analítica de la finitud en el seno de las ciencias humanas, se presenta además otro tipo de determinación paradójica que aumenta aun más la inestabilidad de su suelo arqueológico.

Esto tiene también que ver con aquellas vertientes filosóficas que desarrollaron en el siglo XIX perspectivas abiertas con anterioridad. Así, la labor reflexiva que se reivindicaba aspiraba a esclarecer el origen de toda representación posible, independientemente del campo limitado del que se tratara, cosa que obliga a una torsión más al interior de las ciencias del hombre. Al hablar del origen de toda representación se configura uno de los grandes temas filosóficos, esto es, la subjetividad trascendental que, entendida como espacio originario y fundamento, delimita toda capacidad representativa. En esta variedad filosófica no sólo la obra kantiana es el episodio más significativo, pues los esfuerzos de subjetivación estaban mucho más extendidos de lo que se acostumbra señalar. Esa doble afectación paradójica muestra la importancia que tuvo la reflexión filosófica para la configuración teórica de ciencias como la historia, no en el sentido de una fundamentación ni en cuanto a las orientaciones que se desprenden de la tradicional filosofía de la historia, sino más bien en tanto que esas formas de saber aportaron una sensible modificación: se despliegan ahora en un campo que no es filosófico sino científico, por más que se dude que las ciencias humanas gocen de esta cualidad desde el propio siglo XIX.

Es por eso que al ser trasladadas al seno de las ciencias humanas, estas problemáticas se conectan con una disposición que no tiene ya que ver con el tratamiento filosófico propiamente dicho. Incluso la convencional relación sujeto-objeto, aplicada previamente a las ciencias naturales, no pudo ocultar más en su traslado a los saberes sobre el hombre la problematicidad que la sola discusión filosófica no pudo profundizar. Es en ese terreno científico donde se gestó en décadas posteriores su inversión crítica. Esta posibilidad estaba ya insinuada en el propio contexto decimonónico, pues en tanto estas ciencias se presentaban como instancias de autocomprensión humana se vieron en la obligación de tratar al hombre mismo en una

⁴⁶ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas...*, p. 306.

dimensión empírica, nivelándolo con el conjunto más vasto de las empiricidades que funda la *episteme moderna*.⁴⁷ Esto quiere decir que su esfera objetual se estableció al momento en que el hombre fue tratado como una realidad espesa en el mismo plano que las empiricidades de la vida, el trabajo y el lenguaje. El resultado es que como hombre-objeto de un saber posible entra en conexión inestable con el estatus del hombre como sujeto cognoscente, al punto de anunciar la futura fractura de la relación cognitiva misma.

Ciencias humanas e historia: un equívoco de origen

En el momento en que las ciencias humanas se establecen como formas autorizadas de saber no pueden más que reconocer a la relación entre lo *empírico* y lo *transcendental* como un factor central en su propia consistencia cognitiva. Esta implicación les imprimirá, más allá del siglo XIX, un suelo crítico de gran importancia, pero también un factor limitante para todos los intentos de fundamentarlas frente a las ciencias naturales. Su singularidad teórica y metodológica estuvo desde el inicio gravada por esa temática filosófica que se trasladó a su seno, restringiendo con ello toda discusión a la aceptación dogmática de la distinción basal. Esto por supuesto afectó al caso concreto de la historia y a sus posibilidades de legitimación en tanto forma de saber.⁴⁸ Como toda ciencia humana, la historia se involucra en esa suerte de oscilación permanente a que fuerza la adopción de la relación entre lo empírico y lo trascendental, lo que en todo caso es también expresión de una disposición circular. Así,

⁴⁷ *Ibid.*, p. 310.

⁴⁸ Precisamente en este sentido resalto una aseveración que Foucault formula y que me parece importante, aunque ya la he señalado previamente. De la relación entre lo empírico y lo trascendente emergen dos posturas que retoman cada una uno de los polos instituidos. El polo empírico alentará toda una problemática bajo el estilo de una *estética trascendental*, esto es, se preguntará por las condiciones incluso corporales que intervienen en el proceso cognitivo; su interés consiste en manifestar los contenidos empíricos tomando como hilo conductor temas tales como la percepción, los mecanismos sensoriales o los aspectos fisiológicos. La otra postura entendida como *dialéctica trascendental* se dará como tarea explicitar el conocimiento más bien por las condiciones históricas y socioculturales que se tejen entre los individuos; el tema que se derivará será el de una posible *historia del conocimiento*. Es esta partición, naturaleza cognitiva *vs.* historia, la que le permitirá a Foucault introducir el problema más general de la verdad en su relación con el discurso y a partir de las posturas del positivismo y la escatología. *Ibid.*

se privilegia el polo trascendental cuando de lo que se trata es de establecer los fundamentos, los orígenes y los principios incuestionables de la naturaleza humana; cuando se le coloca por encima de la dispersión a la que aluden los acontecimientos históricos.

Por el contrario, la reflexión se dirige al polo empírico cuando el ser del hombre requiere de las constancias aportadas por el estudio de las situaciones concretas, sociales, históricas y culturales. Sin embargo, estos mundos “reales” están instituidos al nivel de lo diverso y de lo fragmentario, por lo cual, independientemente de que llenan de contenido empírico al ser del hombre, necesitan de una aclaración cuya posibilidad no está simplemente en dicho nivel. Por eso es necesario un retorno a lo trascendental, pues la variabilidad de los mundos humanos sólo puede ser explicada desde lo uno y lo identitario. El desarrollo de esta temática ya en el siglo XIX se expresó además en la correlativa disparidad entre una dimensión interna propia del sujeto —la naturaleza humana con todos sus atributos invariables— y la dimensión externa del mismo que aludía a la experiencia histórica. Así, esta extraña construcción —presentada como fundamento de toda experiencia posible— se desgaja en una dualidad más, aquella que opone la capacidad de autorreflexión de una conciencia (lo trascendental) a su involucramiento en una multiplicidad por el lado empírico.⁴⁹ De la unidad subyacente del sí mismo a la diseminación constante de la diferencia respecto a los otros, esta manera de encuadrar las propiedades que los saberes sobre el hombre adquirieron se concretó en la distinción naturaleza/espíritu, siendo ella misma una reentrada (*re-entry*) de la distinción entre lo empírico y la trascendental en el polo mismo del sujeto. Esto por supuesto es característica central de ese único sistema autorreferencial que el siglo XIX pudo inteligir: el sistema psíquico. Sostengo que sin la distinción basal entre un polo empírico y otro trascendental, el saber histórico no podría haberse desentendido de las tradicionales problemáticas

⁴⁹ “Con arreglo a la forma, por tanto, su propia unidad les es dada sólo como paradoja: como unidad de algo que es una multiplicidad, como mismidad de lo diferente. Bien es verdad que el distinguir no es difícil, puesto que sin realizar una distinción en ningún caso se puede observar. Pero el problema se cifra entonces en saber de qué se distingue el sujeto [...]. Por consiguiente, dos son las preguntas que hemos de plantear al sujeto: la primera es la referente a de quién o de qué se distingue; y la segunda, la relativa a qué es su propia unidad, dado que ésta es definida por una distinción que puede seleccionarse variadamente.” Niklas Luhmann, *Complejidad y modernidad...*, p. 219-220.

morales y de ejemplaridad del pasado, para encauzar sus cualidades cognitivas como ciencia humana. Si la discusión respecto a su estatuto mostraba plausibilidad, al punto de que terminó orientando todavía las propias deliberaciones teórico-metodológicas de principios del siglo XX, esto era debido a la asunción de este marco de referencia como modalidad adquirida para realizar su propia autorreflexión.

En tal sentido, no puede ser simplemente una casualidad que la historia fuera objeto de una atención desde la teoría del conocimiento convencional, donde el conjunto de tratamientos posibles partían de su acreditación como modelo de toda ciencia del espíritu. En efecto, la historia en su emergencia moderna como forma de saber se encargó de llevar la tematización de la distinción entre lo empírico y lo trascendental hasta consecuencias nunca antes vislumbradas, mucho menos desde las aperturas kantianas de la temática. Así, la distinción entre lo empírico y lo trascendental adquirió carta de ciudadanía científica por primera vez en el terreno de la investigación histórica gracias a la diferenciación secundaria entre naturaleza y espíritu. El estatuto de esta doble diferenciación se articuló bajo la forma de una circularidad particular de estas formas de saber sobre el espíritu humano: eran ciencias de autoconocimiento del sujeto donde la historia se encontraba en primerísimo lugar.⁵⁰

De acuerdo a la situación particular de la reflexión en el siglo XIX, la singular noción *ciencias del espíritu* se estableció tomando como elemento modélico a la historia, expandiendo un pretendido contenido cognitivo que guardaba singularidad frente a las ciencias naturales o empíricas. Toda la discusión generada a partir de esta singularidad, por ejemplo, la asunción del dualismo metódico que se expresa en la contraposición ciencias naturales-ciencias del espíritu y su correlativa especificación como contraposición metódica — *explicitación vs. comprensión* —, se aplicó sobre la historia como paradigma y se desprendió de un problema central de orden gnoseológico: la relación entre sujeto cognoscente y campo empírico. El procedimiento, que alcanzó incluso proyección metodológica, consistió en asumir que lo que la historia puede establecer como objeto de estudio (las

⁵⁰ Cfr. Wilhelm Dilthey, *Dos escritos sobre hermenéutica. El surgimiento de la hermenéutica y los esbozos para una crítica de la razón histórica*, pról., trad. y notas de Antonio Gómez Ramos, epílogo de Hans-Ulrich Lessing, Madrid, Istmo, 2000, 247 p.

realidades humanas en su dispersión temporal), lo reencuentra en su condición cognitiva (aunque en esta dimensión el ser humano deviene sujeto cognoscente como instancia trascendental).⁵¹

En el contexto decimonónico, la única forma de asumir esta circularidad era estableciendo una forma de comunicación psicológica entre el historiador y los sujetos históricos estudiados. Ése era el papel de la empatía que buscó ser plasmado como elemento determinante en el orden procedimental de investigación. El camino transitado, sistematizado por la gran fundamentación epistemológica de la historia en la obra de Dilthey, va de la exterioridad —una materialidad distinguible por ser efecto de esa gran fuerza productora del espíritu humano— a la interioridad subjetiva donde se aloja dicha espiritualidad. Es el tránsito de lo externo, donde incluso participa la cualidad expresiva de los sujetos, a lo interno como subjetividad universal compartida por los sujetos. El problema es que esa circularidad se presenta sin posibilidades de resolver la paradoja planteada desde la misma distinción basal.

Así, la indeterminación de origen supone que si la noción sujeto expresa la base de *sí mismo* en su propia autotransparencia y del mundo en su conjunto, entonces, estrictamente, no puede haber otros sujetos.⁵² Con ello se presenta un error cíclico como incapacidad de desparadojización pero, curiosamente, también como reentrada de la distinción empírico/trascendente en el polo subjetivo. El siguiente postulado recupera esta situación: gracias a la dimensión trascendental cualquier sujeto puede postular los hechos de su conciencia como condiciones no determinadas por la inmediatez de una situación, es decir, como elementos trascendentales, y de este modo

⁵¹ "La conexión del mundo espiritual brota en el sujeto, y el movimiento del espíritu hasta definir la conexión de significado de este mundo es lo que enlaza unos procesos lógicos aislados con otros. Así, por un lado, este mundo espiritual es la creación del sujeto captador, pero por otro, sin embargo, el movimiento del espíritu está dirigido a alcanzar un saber objetivo en ese mundo. Nos enfrentamos, pues, con el problema de cómo la estructuración del mundo espiritual puede hacer posible en el sujeto un saber de la efectiva realidad espiritual." *Ibid.*, p. 109.

⁵² "Con la quinta de las meditaciones cartesianas de Husserl esto fue puesto en claro, al menos para sus lectores. El recurso a una comunidad de mónadas (¿o de nómadas?) es tan pobre como solución que, caso de haber sido Husserl un pensador tan serio como realmente fue, bien podría pensar uno que se trata de una ironía. Si 'sujeto' quiere decir ser la base de sí mismo, y con ello del mundo, entonces no puede haber otro sujeto. Precisamente por ello se hizo necesaria la distinción trascendental/empírico." Niklas Luhmann, *Complejidad y modernidad...*, p. 210.

asumir la identidad — a todas luces problemática — con la conciencia de otros sujetos. No causa ya ninguna alarma el que se reconozca que el basamento epistémico de la historia en el siglo XIX estuviera conformado por una plataforma tan resueltamente ontología y metafísica. Es por ello que se puede vislumbrar la importancia que adquirió la disciplina histórica para la filosofía del siglo XX, pues ahí, en el terreno mismo de la dimensión temporal, de la contingencia y de la variabilidad, se dirimieron las disputas filosóficas más llamativas y de más grandes consecuencias.

La filosofía no salió indemne de esta suerte de contaminación: su perfil y el tipo de problemas que se revelaron centrales se alimentaron de esta inmersión en un terreno no apto para la continuación misma de la metafísica. Sin embargo, el ideal de saber histórico articulado en ese momento — siglo XIX — adoptó la tónica de la distinción aludida sin menoscabo de aquellas consecuencias más desastrosas para los impulsos reflexivos. La misma historia de las ideas, en el panorama de la Escuela Histórica Alemana, en sus versiones de historia política y diplomática, era ya una modalidad de investigación para la cual la explicación o comprensión de los acontecimientos históricos era posible por la reconducción de su variabilidad y su materialidad a la intencionalidad subjetiva pensada como origen.

Lo anterior se expresa incluso en la propia visión de la historicidad — más allá de la equivocidad que dicha dimensión produce —, pues el presupuesto adoptado como una suerte de paradigma difícil de ser deconstruido fue de nueva cuenta doble: el hombre como sujeto productor de la historia vivida, pero también como sujeto cognoscente de la historia explicada. Para el objetivo que persigo en este estudio resulta crucial la relación anteriormente descrita. Dejo de lado, por tanto, la discusión que desarrolló Foucault en relación a la temática antropológica (en todo caso ya tratada en el apartado anterior); esto, a pesar de que la *analítica de la finitud* dio paso a la expresión de posturas filosóficas de gran importancia pero que ya han sido sumamente exploradas. Es el caso de la discusión sobre *universales antropológicos* o respecto a las sujeciones a las que obliga un suerte de filosofía humanista. Reitero, entonces, el enunciado central: la relación entre un polo empírico y otro de naturaleza trascendental resultó ser fundamental para el propio saber histórico,

incluso en un sentido más profundo que para las otras formas de saber humanas.

Desde esta problemática de base es necesario preguntarse por la naturaleza epistémica del saber histórico en su contexto de emergencia, esto es, como ciencia del espíritu. Desde la perspectiva foucaultiana, el estatus de estas formas de saber se concreta al estilo de ciencias sobre lo humano, de tal forma que, en sentido estricto, son derivaciones de otras formas de saber que encuentran en las nuevas empiricidades de la vida, del lenguaje y del trabajo sus rasgos de formalización. Dicho proceso de derivación se expresó de manera determinante con la introducción de una función diferente a la que presentaban esas ciencias que tomaron a su cargo los nuevos campos objetuales: la función de *autocomprensión*. Ni la economía política, ni la filología, menos aun la biología, presentaban rasgo alguno en términos de esa cualidad central, lo que explica que incluso la problemática de la representación les fuera totalmente ajena —por lo menos en su constitución interna—; no así en su tratamiento externo de corte filosófico. La constitución derivada de las ciencias del espíritu requirió, necesariamente, de la articulación y delimitación de tres esferas objetuales diferenciadas pero que comparten la función de autoconocimiento.

Estas esferas adquirieron rango formal —es decir, esquematismo—, además de objetos específicos, gracias a la relación que mantuvieron con las empiricidades de la vida, el lenguaje y el trabajo. Al mismo tiempo, cada una de ellas se dirigía hacia un sustrato considerado humano, y sus manifestaciones fenoménicas se materializaron como regiones de saber que delimitaron, por lo menos hasta la primera mitad del siglo XX, el campo total de las calificadas ciencias humanas. La denominada por Foucault *región psicológica* se caracterizó por asumir de manera central el problema de cómo pensar al hombre en tanto ser vivo, al mismo tiempo que lo asume como el único ser que puede representarse la vida misma. Desde esta constitución problemática dicha región derivó una variedad de aspectos que van desde los problemas mentales hasta su concreción en el ámbito de la conducta humana, de los procesos conscientes del yo hasta las implicaciones inconscientes que modulan el actuar. Esta región convierte en tema de comunicación científica, por tanto social, a los sistemas psíquicos como sistemas autorreferentes.

La interrogación pertinente aquí es si es posible aclarar empíricamente a los individuos como sistemas autopoiéticos, esto es, como sistemas psíquicos, o si se trata más bien de observaciones especializadas sobre el entorno del sistema social.⁵³ Por otro lado, la *región sociológica* delimita un campo de objetos de estudio a partir de la visión sobre el hombre como ser que trabaja y que en su esfuerzo encuentra las directrices requeridas para su propia reproducción como especie. En la esfera de las relaciones sociales el hombre descubre las posibilidades de una riqueza material con la cual enfrentar las apremiantes necesidades de su condición, al tiempo que ese esfuerzo instituye el marco que le permite representarse los aspectos normativos y conflictivos centrales de dicho orden relacional. Con esta ascensión se permite construir, incluso, el espectáculo global de ese mundo como esfera completa de interacciones posibles. Finalmente, la *región simbólica* se singulariza por constatar indefinidamente el hecho de que el hombre es el ser parlante por excelencia. Bajo este reconocimiento vuelve a introducirse la cualidad aneja de la representación, pero ahora se trata de ese mismo lenguaje como sistema sígnico.

Acompañando este proceso de objetivación del lenguaje mismo, se puede reconocer ya en la modernidad el desarrollo temporal que desde antiguo tiene la capacidad humana para fabricar mitos, para producir literaturas, generando para ello documentos y series de documentos donde se materializa de manera privilegiada su productividad significativa.⁵⁴ Tomando en cuenta este proceso —corto temporalmente, pero amplio en el sentido de las consecuencias que se derivarán de ello para el siglo XX—, es posible decir que las ciencias humanas no tienen un lugar epistemológico preciso y asegurado junto con otra clase de ciencias. Al desequilibrarse el esquema cognitivo clásico —anclado por un lado en aquellas necesidades que se buscaron satisfacer con una *mathesis* universal, y por otro, en el esfuerzo taxonómico preciso para dotarse un cuadro que representara los conjuntos específicos de ese orden—, se despliega un

⁵³ “La observación de los sistemas psíquicos no necesariamente implica la observación de su conciencia, como en general, de una manera irreflexiva, se cree; a las observaciones que establecen esta referencia por lo común se les señala como ‘comprensión’, pero una comprensión que se orienta por la diferencia consciente/inconsciente es un caso especialmente raro y pretencioso que depende particularmente de una teoría.” Niklas Luhmann, *Sistemas sociales...*, p. 271.

⁵⁴ Niklas Luhmann, *Complejidad y modernidad...*, p. 342-343.

campo epistemológico que no es la simple continuidad de los elementos anteriores. Por eso el saber moderno rompe tanto con la *mathesis* y su pretensión de ordenación matemática, como con la taxonomía en el sentido de esquematización de las secuencias progresivas resultantes.

El campo epistémico global que emergió terminó adoptando la forma de un dominio tridimensional cuyas vertientes no están desde entonces definidas ya por una mayor o menor resistencia a la matematización. Siguiendo una prescripción que posteriormente adquirirá preeminencia al interior de la teoría del conocimiento, la diferencia entre formas cognitivas estriba en los gradientes de formalización de sus respectivos campo objetuales. Lo que quiere decir que las fronteras estarán delimitadas desde el siglo XIX por un índice de problematicidad manejable respecto a la relación sujeto-objeto. Otra será la situación para el siglo XX, sobre todo en su segunda mitad, pues la expansión de las ciencias sociales afectó sustancialmente esta clase de criterios para establecer diferenciaciones entre disciplinas científicas. Regresando al argumento de Foucault, el estatus que alcanzó más formalización, y por ende, menor problematicidad de la relación cognitiva, le corresponde sin duda a las ciencias físicas y naturales.

En segundo lugar se encuentran las ciencias de la vida, de la producción y del lenguaje, saberes capaces de hacer resaltar elementos análogos susceptibles de encadenamiento causal, por lo que tienen la capacidad adecuada para resaltar regularidades estructurales y explicarlas a partir de secuencias temporales (distinción causa/efecto). El tercer ámbito define ahora un papel nuevo para la filosofía que, conectándose con el segundo plano, está obligada a desarrollar variantes reflexivas tales como las filosofías de la vida, de la alienación y de las formas simbólicas. Lo que resalta es que en esta disposición no existe un espacio propio para las ciencias humanas, que están excluidas de esta suerte de tridimensionalidad epistémica.⁵⁵ Su situación de exterioridad puede ser explicada por el hecho

⁵⁵ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas...*, p. 336-337. Cabe hacer notar que, por debajo de esta clasificatoria epistemológica, las diversas vertientes filosóficas encuentran conexión de manera un tanto subterránea con las tres regiones formuladas para el campo de las ciencias humanas. Así, el vitalismo, la temática del hombre enajenado y las formas simbólicas se relacionan con la región psicológica, sociológica y lingüística. Pero a diferencia de las relaciones de derivación que estas regiones sufrieron a partir de las ciencias de la vida, del trabajo y del lenguaje, las problemáticas filosóficas apuntan a intentos de fundamentación. Su formulación

de que las ciencias que se desarrollan en cada región epistémica correspondientes a las ciencias humanas estaban incapacitadas de origen para definir claramente sus contenidos positivos, puesto que todo intento por establecer la empiricidad de sus objetos (el hombre como ser vivo, parlante y productivo) se reconduce irremediablemente a la naturaleza trascendental del sujeto (origen de toda representación).

Esta configuración adquirió importancia en el momento en que se trataron de identificar los criterios de relevancia más básicos — característicamente positivistas por lo demás — que permitieran definir el rango de operatividad necesario para la ciencia histórica. Al extrapolarlos al conjunto de las ciencias del espíritu, se instituyó un procedimiento metódico que les permitiría asegurar los contenidos empíricos y la correspondiente forma de explicarlos científicamente. El último aspecto estableció la necesaria recurrencia a leyes generales cuya cobertura legal permitiría la identificación de las relaciones causales aplicables al caso, además de permitir la subsunción de los elementos singulares a los rangos de generalidad propios de un proceder típicamente deductivo. En una dirección inversa al esfuerzo positivista, la relación entre un polo empírico al nivel de lo fenoménico con una instancia trascendental vista como origen de toda representación, fue determinante para los intentos de resaltar la evidente singularidad metódica de las ciencias del espíritu.

En este sentido, la adopción de la temática de la comprensión como fundamento hermenéutico enfatizaba su carácter inductivo, por lo que no requerían de la aplicación de leyes generales sino de la capacidad incuestionable del sujeto trascendental para entablar relaciones empáticas con otros sujetos.

Por más que se aludiera a una modalidad de relación intersubjetiva al nivel de la vida del espíritu, esta variante no ocultaba las fuertes implicaciones que acarrea la subjetivación de las capacidades interpretativas; y ésta fue la asignación que los historiadores debían cubrir al nivel de procedimiento metodológico. Tanto en un caso como en el otro no había alternativas disponibles a la distinción de base, por lo que la bipolaridad de lo *empírico* y lo *trascendental*

más clara puede ser identificada en el seno de la gran filosofía alemana, desde el idealismo clásico hasta la tradición neokantiana.

obstaculizó la formalización definitiva de sus campos objetuales, siendo esto sólo un efecto más de ese consustancial desequilibrio cognitivo que les era inherente de origen. Por tanto, si en su configuración original las ciencias humanas no presentaban un lugar claramente delimitado en el espacio que repartía los atributos de las ciencias y formas de saber asumidos como logros de formalización, la pregunta pertinente interroga sobre las implicaciones que arrojaba ese factor de derivación a partir de las ciencias de la vida, el lenguaje y la producción.

Transferencia categorial: esquematismo y problemática empírica

Un respuesta posible, en términos generales, consiste en analizar las tres regiones de saber —la psicológica, la sociológica y la simbólica— como campos epistemológicos y semánticos articulados por un proceso de transferencia de contenidos que provienen de estas ciencias, particularmente de sus sistemas conceptuales y de sus propios modelos categoriales. Cabría agregar también a este proceso modelos y métodos de investigación (programaciones que delimitan lógicas de investigación específicas), puesto que se deducen tanto de los sistemas conceptuales como de los elementos categoriales que pueden someterse a examen procesal. Esta configuración no es simplemente un fenómeno anexo o marginal del cual estas formas de saber logran después desprenderse, tampoco una suerte de marca de origen que difícilmente puede ser remontada. En este sentido, no resulta adecuado enfocarlo como un fenómeno que requiere de la aplicación de esa idea regulativa ahora tan común en el campo académico, esto es, la necesaria interdisciplinariedad en el ámbito de la investigación.

Más allá de la consideración negativa (las ciencias humanas están marcadas por su forma de nacimiento) o del punto de vista positivo (estas ciencias son originariamente interdisciplinarias), es ya una obligación reflexiva reconocer y sacar las consecuencias que se derivan de esta transferencia como una situación epistémica condicionante.⁵⁶ Es por eso que resulta necesario detenerse en el análisis

⁵⁶ *Ibid.*, p. 346.

de dicha cualidad de transferencia, ya sea describiendo en qué consiste el traspaso conceptual, ya considerando la importancia que presenta la exportación de modelos categoriales. En relación con el primer aspecto, los sistemas conceptuales que circulan al interior de las ciencias de la vida, del trabajo y del lenguaje son objeto de traslado a cada una de las tres regiones anteriormente señaladas — regiones que, debe insistirse, constituyen aquellos ámbitos que alimentan a las diversas disciplinas humanas.

Al ser motivo de un ejercicio de transporte, tales conceptos sufren una pérdida de contenido y, por lo tanto, de eficacia operativa, de tal manera que funcionan en esas regiones como *imágenes*, más adecuadas para una aplicación analógica que para un ejercicio de clarificación desde las facultades que la lógica convencional habría previamente dictaminado. Por tal motivo, los conceptos que originariamente presentaban cualidad sintética — en otras palabras, que permitían ejercicios explicativos y de subsunción de ámbitos empíricos — se convierten en metáforas, en el seno de las matrices disciplinarias de las ciencias humanas. Lo que significa que la pérdida de contenido sintético es finalmente compensada por un nuevo funcionamiento del concepto-metáfora: en este caso como índice para establecer semejanzas por analogía.⁵⁷ Un ejemplo que puede traerse a colación es la estabilización que alcanzó el concepto de *comportamiento* o *conducta*. Este término se instituyó desde el principio como una noción con innegables cualidades de aplicación sintética para la biología de fines del siglo XIX y principios del XX.

Dicha cualidad sintética — con sus correspondientes propiedades semánticas —, en tanto definía las variadas formas por las cuales un organismo responde a un entorno de estímulos, tuvo que ser modificada en su aplicación a la psicología de la misma época. De tal forma que la extrapolación resultante fue posible como modificación metafórica tanto de la aplicación — a partir de este momento, aplicación analógica — como de las condiciones de expansión discursiva que permitía la nueva consistencia de su campo semántico.

⁵⁷ "Por una parte hay — y con frecuencia — conceptos que son transportados a partir de otro dominio de conocimiento y que, perdiendo en consecuencia toda eficacia operativa, no desempeñan más que un papel de imagen (las metáforas organicistas en la sociología del siglo XIX; las metáforas energéticas de Janet; las metáforas geométricas y dinámicas de Lewin)." *Idem*.

Desde esta doble dimensión, el concepto *comportamiento* fue utilizado para dar cuenta de nexos de actuación y conducta humana que podían ser explicados por analogía con los sistemas orgánicos y sus peculiares reacciones frente a entornos determinados. Situación que se expresó con la introducción de una disparidad entre *comportamientos comunes* y *comportamientos inusuales*, donde lo común vino a ser lo inusual dada la dificultad de nivelar los entornos sociales y culturales al mismo estatus que los entornos naturales, es decir, como fuente de estímulos considerados externos pero que son posteriormente interiorizados, dando lugar a respuestas previsibles.

El segundo procedimiento de transporte, el que se refiere a modelos categoriales y formas de esquematización, adquiere una clara diferencia respecto a los efectos que se presentan con los sistemas conceptuales, cosa que es de importancia capital para los objetivos de este trabajo. El ejercicio de extrapolación de modelos — que en todo caso son también elementos expresados por nociones y términos específicos — presenta relevancia puesto que se trata de categorías que funcionalmente permiten circunscribir o conformar conjuntos de fenómenos de diferente jerarquía y consistencia, por lo que instituye una base consistente para deducir *objetos* de estudio así como problemas de investigación. En efecto, al tratarse de modelos categoriales, este segundo fenómeno de traslado permite a las ciencias del espíritu dotarse de un factor organizador de sus campos cognitivos, generando con ello las estructuras adecuadas para lograr sus propias *clausuras operativas*. La circularidad que se conforma a partir de los esquemas formales establece las bases para que la operación en que se desarrolla la investigación logre cualidades autorreferenciales. Desde este momento, las estructuras recursivas orientan el funcionamiento autológico necesario para la propia reproducción de la investigación.⁵⁸

En efecto, al proveer a estas ciencias de esquemas de formalización, su lógica de operación se encuentra ya en disposición de delimitar objetos y problemas de investigación, formular hipótesis de naturaleza sintética, aplicar los sistemas conceptuales necesarios y, finalmente, establecer los correspondientes procesos de falsación metódica. Se entiende su naturaleza formal como aquella capacidad

⁵⁸ Alfonso Mendiola, "La inestabilidad de lo real...", p. 116.

para circunscribir los campos de empiricidades necesarios para las ciencias. De ahí que sea un proceso de traslado sin el cual no existiría cualidad cognitiva alguna. Al derivar las estructuras necesarias para lograr el cierre operativo de los sistemas, establecen las bases para que el conocimiento en estas regiones epistémicas sea posible sin recurrir al sujeto cognoscente como instancia definitoria, rompiendo además con la distinción entre lo empírico y lo trascendental: las condiciones formales y los elementos categoriales que las permiten son empíricos de la misma manera que los campos objetuales instituidos.

En suma, esas estructuras son instancias que permiten ordenar y conceptualizar conjuntos de fenómenos de manera previa a todo proceso de investigación particular, tal y como lo presentó, en su sistematización más acabada, la filosofía kantiana.⁵⁹ Puede enfocarse la cuestión a partir del problema de la atribución, mecanismo que encuadra las posibilidades de selección del sistema a partir del *medium sentido*. Al constituir las selecciones observadas, el sistema está en disponibilidad para orientarlas en las diferentes dimensiones de sentido posibles. En cuanto al caso que es materia de análisis, el cierre cognitivo en la historia — siempre desde el modelo de las ciencias del espíritu — alienta la dimensión *material* que permite distinguir entre el lado interno y el externo del sistema mismo, además de procesarlas desde una atribución realizada por la propia ciencia como horizontes determinados. En su cualidad central, la atribución, ya sea del lado interno ya del externo, se presenta como un manejo de posibilidades que descansan en el conjunto de sus propias operaciones. Como éstas están inscritas ya en una regularidad que a su vez puede repetirse o actualizarse constantemente, dan pie a la emergencia de una red *condensada* de recurrencias.

Por otro lado, la situación anterior obliga a la articulación de horizontes de ocurrencia de eventos — dimensión temporal — sólo posibles de ser considerados desde la diferencia *pasado/futuro*. Con

⁵⁹ Cfr. Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*, 6a. ed., estudio introductorio y análisis de la obra de Francisco Larroyo, versión española de Manuel García Morente y Manuel Fernández Núñez, México, Porrúa, 1982. Bajo una concepción de las categorías como conceptos puros del entendimiento, en la perspectiva kantiana, la problemática responde a los elementos *a priori* del conocimiento. Véase en particular la "Primera división (La analítica trascendental)" del capítulo dedicado a la "Doctrina elemental trascendental", p. 64 y s.

esta dimensión se permite inscribir las operaciones recurrentes en un marco temporal que identifica los eventos entre un antes y un después, extrapolando dicha dimensión a la *identificación* de eventos en el exterior del sistema.⁶⁰ Así, la dimensión social señala que las atribuciones están cumplidas como *autorreferencia* del sistema ciencia en todos los actos de la comunicación porque *Ego* puede atribuir a *Alter* una selección particular: como vivencia en el caso de una atribución al entorno; como acción si se dirige al sistema mismo. Por tanto, la ciencia de la historia ya en el siglo XIX, y por debajo de las adscripciones expresas que resultan de un ideal de procedimiento científico autorizado — las ciencias humanas —, muestra una disposición operativa que puede distinguir entre acción y vivencia, entre autorreferencia y heterorreferencia, siempre como diferencias que resultan de atribuciones seleccionadas por un observador.

Desde las prescripciones historicistas y positivistas que anclaban las reflexiones epistemológicas en ese momento de emergencia de la historia, las atribuciones hacia el entorno — vivencias o experiencias — determinaron un horizonte prevaleciente característicamente *heterorreferencial*. Sin embargo, la reflexividad alcanzada muestra innegablemente que dicha atribución sigue siendo, en la propia situación del siglo XIX, totalmente *autorreferencial*. Ya sea que se lleve a cabo una atribución al entorno o al sistema, ambas dependían de los dos procesos de transferencia que, para todos los efectos prácticos — esto es, operativos — vinculan ya a la historia de manera transversal con otras formas de saber, situación que no dejará de profundizarse posteriormente. Este reconocimiento fue posible en pleno siglo XX por medio de la introducción de la otra cerradura, la cognitiva, que alienta la observación de las observaciones reguladas metódicamente. Pero ya la situación de la historia en pleno siglo XIX muestra que su “fundación” moderna se produce en el momento en que alcanza su clausura operativa, estableciendo las condiciones autónomas de sus procesos internos.

Con ello se introduce una profunda modificación en el tipo de conocimiento que puede producir, lo que para la ciencia histórica significó el rompimiento con las cuestiones de orden moral y las temáticas estéticas que desde la antigüedad habían delimitado aquellos

⁶⁰ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad...*, p. 80 y s.

registros narrativos que volvían tema de comunicación los eventos del pasado. Regresando al razonamiento presentado por Foucault, en gran medida su propuesta consiste en mostrar y analizar tres clases de instancias categoriales que se desarrollan en la ciencia biológica, en la economía clásica y en la ciencia del lenguaje. Estos juegos o instancias se delimitan a partir de parejas de categorías que se implementaron como *formas* —dimensiones de sentido en todo caso— en el seno de cada una de las regiones epistémicas en que se desplegaron y distribuyeron las ciencias humanas. Como modelos constitutivos, su función particulariza campos no necesariamente vinculantes entre sí por la compartición de una misma dimensión ontológica, aunque en su despliegue tenga que disgregarse por una suerte de economía en los medios de acceso.

Sin embargo, esos campos se conforman como modalidades de experiencia a partir de los fenómenos enlazados en cada uno de ellos y en los rasgos de empiricidades localizadas. Así, en la región psicológica se introducirá el par categorial *función-norma*; en la región sociológica, las categorías de *conflicto y regla*; finalmente, en la región simbólica o lingüística, la pareja categorial de la *significación y el sistema*.⁶¹ Entonces, y como estructuras formales derivadas, las disciplinas psicológicas retoman las características de aquellos estudios que se basan en las *funciones* desplegadas por el hombre como ente viviente, pero también del conjunto de *normas* correspondientes que actúan como modalidades de ajuste y como complejos procesos adaptativos y de reacción. Por su parte, la sociología presupone al hombre como un claro de empiricidades que puede ser estudiado a partir de un entorno de conflictos diversos, de desequilibrios constitucionales a las relaciones entabladas, donde esos conflictos y desequilibrios responden a la fuerza de las necesidades vitales y los deseos planteados en una proyección social.

Por lo mismo, esta disciplina reconoce la compensación que es necesario introducir a través de un conjunto vasto de *reglas* que tienen por función limitar los primeros y resarcir los segundos. Este

⁶¹ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas...*, p. 346-347. Por los objetivos perseguidos en este estudio omito presentar en una exposición detallada la manera por la cual Foucault termina por delimitar estos pares categoriales desde los procedimientos de la biología, la economía y la problemática del lenguaje hasta el siglo XVIII. Remito por tanto al lector a las páginas citadas al respecto.

marco formal es compartido por otras disciplinas sociales como la antropología, incluso en su conformación previa a las investigaciones de Lévi-Strauss, así como la psicología social que emerge en los años veinte del siglo pasado y que no esconde su impronta conductista al mismo tiempo que simbólica.⁶² Por su parte, los estudios dedicados a la literatura y a los mitos, desarrollados ambos en el panorama decimonónico, explotan las capacidades de expresión del hombre, la intencionalidad de un decir como factor central en la constitución de lo cultural. No resulta simplemente una coincidencia el hecho de que una vertiente de la filosofía neokantiana haya intentado reconducir la historia al nivel de una ciencia de la cultura, donde la condición de expresividad resulta determinante para dirimir la esfera trascendental de los valores vehiculados.⁶³ Si este ámbito es visto como espacio donde se expresa su capacidad central — volver significativo el mundo —, sólo es posible encuadrarlo desde su materialidad más visible: los sistemas de signos como entidades significantes.

Ahora bien, las fronteras entre cada campo no se muestran como límites precisos, de tal modo que cada par categorial permanezca ligado sólo a la esfera originaria correspondiente. Las modalidades de aplicación categorial pueden traspasarse a los otros campos sin menoscabo de sus cualidades de formalización para el campo originario. De tal manera que estudios sociológicos pueden psicologizar fenómenos sociales, por ejemplo, cuando introducen toda la temática de la intencionalidad en el ámbito de la acción social. O también cuando desde la psicología se introducen estudios que tienen que ver con la significación y el sistema en la manera de comprender fenómenos sociales y sus múltiples efectos. Lo que supone que las propias fronteras entre ciencias humanas no pueden ser establecidas de manera firme, precisamente por la circulación de modelos secundarios en cada esfera. Por eso es común que a pesar de que la psicología es un tipo de estudio sobre el hombre que lo encuadra primariamente a partir de las funciones y las reglas, secundariamente se

⁶² Cfr. Hans Joas, "El interaccionismo simbólico", en Anthony Giddens *et al.*, *La teoría social, hoy*, versión española de Jesús Alborés, Madrid, Alianza, 1998, p. 112-154.

⁶³ Cfr. W. Windelband, *La filosofía de la historia*, pról. y trad. de Francisco Larroyo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1958, 67 p.; Heinrich Rickert, *Ciencia cultural y ciencia natural*, 3a. ed., trad. de Manuel G. Morente, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1952, 228 p.

permita interpretarlo en términos de conflictos y reglas, o de significaciones y sistemas.

Los entrecruzamientos en este nivel de aplicación se producen a partir de un nivel básico y otro secundario, donde este último permite un rejuego constante que tiende a complejizar la interpretación primaria. Esto se explica por la situación de origen de las ciencias humanas: una entidad que sólo puede ser abordada por medio de una descomposición de elementos presumiblemente constitutivos de dicha *mismidad*. Por el contrario, la falta de unas fronteras disciplinarias estables, los entrecruzamientos y mixturas posibles de establecer, todo ello muestra la ambigüedad en cuanto al objeto mismo de estudio. No se trata ya del hombre como un mismo objeto compartido por la psicología, la sociología y las ciencias del lenguaje, sino de una construcción que sólo responde al tipo de procedimiento de formalización involucrado. Paradójicamente, esas disciplinas acaban por mostrar la ruina del paradigma del cual emergieron: la dialéctica establecida entre el *todo* y *las partes*.

Dos cosas importa resaltar en este punto. Primero, en las distancias entre estos campos de formalización y de empiricidades, la historia encuentra su espacio de constitución, por lo que su situación cognitiva de origen es la compartición de esos diferentes esfuerzos de categorización objetual. Esto significa que la transversalidad a la que he aludido como disposición básica de la disciplina histórica pluraliza desde el principio sus esfuerzos de investigación e imprime una dinámica singular a los resultados que puede aportar. Segundo, la definición de la historia como ciencia humana — pero también la conformación de la psicología, la sociología y las ciencias del lenguaje — no podía sostenerse por mucho tiempo; su transformación se juega posteriormente como un agudo cambio en los ejercicios de formalización y esquematización de sus campos objetuales. Ambos aspectos están ligados a un evento capital: ese objeto dado como campo de empiricidades susceptibles de dispersión “acaba por disolverse”.⁶⁴

Aún aguarda otro nivel de complejización más: cada par categorial tampoco permanece estable en su relación interior, al tipo de un juego de oposiciones inalterable que obliga a la necesaria unidad

⁶⁴ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas...*, p. 347.

de la distinción. La bipolaridad no supone que cada elemento se encuentre determinado por relaciones de vecindad necesarias, de forma tal que los primeros elementos de las duplas, es decir, *función, conflicto y significación*, comparten características alternativas a la secuencia que encontramos en *la norma, la regla y el sistema*. Llevando esta consideración a un nivel diferente al de la formalización, los posibles entrecruzamientos que pueden realizarse arrojan implicaciones igualmente determinantes para la funcionalidad de los propios modelos operantes tanto en términos teóricos como metodológicos. Un primer caso de reformulación se presenta cuando se hace valer la permanencia de las múltiples funciones por encima de las oscilaciones fluctuantes, en el momento en que se logran encadenar los conflictos en series regulares y cuando se articulan cadenas extensas de significación en competencias discursivas más o menos unitarias. Con ello se privilegia el típico enfoque continuista modulado por estrategias de investigación y por modalidades interpretativas que se corresponden punto a punto con ese estilo analítico.

Un segundo modo de articulación de los modelos derivados de los juegos categoriales consiste, al contrario del descrito previamente, en el desarrollo de estilos analíticos donde la discontinuidad adquiere relevancia. El estilo discontinuo de análisis hace emerger las normas por debajo de las "oscilaciones funcionales", muestra la importancia de las especificaciones de los conjuntos de reglas por sobre las series continuas de conflictividad y, finalmente, al dirigirse hacia las coherencias intrínsecas de los sistemas significantes, quita importancia a ese efecto de superficie deducido desde las unidades de significación discursiva.⁶⁵ Las interacciones categoriales descritas suponen, por tanto, incremento en los índices de complejidad de la historia y de las ciencias afines.

Al disolverse el hombre como campo objetual, definición que pareciera asegurar el establecimiento de procedimientos adecuados para cumplir con las tareas de clarificación y explicación, estas ciencias derivadas de las de la vida, el trabajo y el lenguaje, muestran ya todos los rasgos característicos de las racionalidades operativas. No quiere decir esto que en su ordenamiento originario funcionaran precisamente como ciencias humanas; ya sus condiciones históricas

⁶⁵ *Ibid.*, p. 349.

de emergencia las ofrece como productos sociales, esto es, como ámbitos de “elaboración autónoma del conocimiento”.⁶⁶ Las propias categorías involucradas no tienen relación alguna con el hombre y sus condiciones básicas de experiencia, pues aluden ellas mismas al orden de un sistema social diferenciado funcionalmente. La inconveniencia es precisamente suponer que el hombre es susceptible de ser tratado como objeto de conocimiento científico, cuando es sólo un término o una forma de conceptualización ligada a una particular distinción posible.

La noción ciencias humanas, pero también su sinónimo, ciencias del espíritu, se autorizan sólo porque previamente se ha tendido a ontologizar ese término y la forma de conceptualización correspondiente. En una temática radicalmente diferente, la autonomía y la clausura recursiva de las operaciones que permite dicho orden social y que son ya rasgos de esas modalidades de saber en el panorama decimonónico, son formas que expresan el tendencial aumento de complejidad pero también de un resultante incremento de *inseguridad*. Ha pasado ya el tiempo en que se veía al conocimiento científico como una instancia de producción de certezas, señala Luhmann, sobre todo si se comparaba con el sentido común. Sin embargo, el conocimiento científico implica, por su estructuración operativa y como expresión de ese tendencial aumento de complejidad, un modo particular de compensar el agudizado entorno de inseguridad en el que tienen lugar la obtención y el manejo de las informaciones generadas.

Esto requiere condiciones especiales derivadas de la capacidad de “autodisciplina” para normar las diferentes operaciones que se llevan a cabo, es decir, por la introducción de una lógica circular (autológica) que ciña el conjunto de las operaciones a ejercicios de control sólo posibles desde la propia estructura determinada de las operaciones.⁶⁷ Las denominadas ciencias del espíritu, a diferencia de las ciencias naturales, presentan una peculiar circularidad por la

⁶⁶ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad...*, p. 234.

⁶⁷ En cuanto a las condiciones de la operación científica como operación autológica, Luhmann señala lo siguiente: “En la medida en que en este sentido la ciencia se constituye y construye su propia complejidad, la obtención y elaboración de información debe ajustarse, pasando de la obediencia a la autodisciplina. El sistema sólo puede operar cuando opera como un sistema estructuralmente determinado. Lo que se elabora depende de las distinciones que el sistema ponga a la disposición para sus propias operaciones. Y cuáles sean esas distinciones depende a su vez de los resultados de las operaciones previstas.” *Ibid.*, p. 235.

cual aquellos fenómenos que se circunscriben como objetos están presentes en sus condiciones sociales de posibilidad. La competencia categorial, que ejercita esa capacidad de definir campos de estudio señala que las duplas aludidas por Foucault no son sino expresión de los condicionantes — procesos de diferenciación, en todo caso — que, en términos de evolución social, han permitido su aparición como racionalidades formales.

Una de las consecuencias más notoria de estas determinaciones consiste en que tanto el aumento de complejidad como el de inseguridad resultante manifiestan una creciente diferenciación interna de las ciencias y la necesidad de contar con distinciones adicionales, lo que permitiría explicar la expansión de esas formas de saber así como la aparición de nuevas disciplinas. Estas últimas por supuesto no se quedan en el espectro de saberes aludidos (psicología, sociología, filología), sino en una gran diversidad que llega a cubrir el panorama actual de las ciencias sociales. Precisamente los entrecruzamientos categoriales descritos, pero también la disolución de la unidad de las polaridades establecidas, son señales de que está en operación un código binario que, al excluir terceras posibilidades, obliga tanto a la intensificación de las descomposiciones o diferenciaciones como a las adiciones en las diferencias establecidas. Todo ello está en relación directa con las categorías utilizadas, con la posibilidad de su rejuego o de su propia descomposición y por supuesto, con la eventual reconformación de otras distinciones.⁶⁸

La condición epistémica de las ciencias sociales y la transdisciplinariedad de la historia

Si el conjunto de las ciencias del espíritu en el siglo XIX y de su reconformación como ciencias sociales en el XX suponen este doble proceso de diversificación y de la adición de nuevas distinciones, la

⁶⁸ "En otras palabras, la ciencia intenta mantener bajo control el incremento de la inseguridad concomitante a un aumento de la complejidad. Sus métodos sirven a la compensación de sus propios efectos. No puede, por tanto, en forma alguna correr el riesgo de una relevancia cotidiana, ni en el mejor de los casos: de dosificaciones homeopáticas (por ejemplo, en la forma de tecnologías probadas). Una consecuencia de esto es que la ciencia está obligada, sea con medios lícitos o ilícitos a mantenerse como sistema, pues es sólo de esta manera como puede controlar sus propios límites y concretarse a tenerse a sí misma en calidad de interlocutor." *Ibid.*

ciencia histórica reproduce en su interior — es decir, al nivel de su cerradura operativa — tanto el incremento de diferenciación como el de la correlativa adición de distinciones. Esta situación de dispersión en cuanto a modelos y métodos utilizados es un efecto directo de su disposición epistémica de origen, definible prácticamente como un *espacio vectorial*, donde las líneas de fuerza (vectores) conectan en perpendicular con campos categoriales de otras disciplinas, permitiendo incluso que las operaciones resultantes puedan ser consideradas como proyecciones ortogonales. Si desde su origen, la dispersión paradigmática opera como espacio vectorial, entonces, tanto el incremento de diferenciaciones (campos categoriales) como el aumento de distinciones manejables (modelos y métodos) muestran a la historia como una ciencia paradójica: no presenta desde su origen un campo objetual unitario, resultado de sus propias operaciones categoriales y de delimitaciones de objetos de estudio, ni tampoco una programación en cuanto a métodos y modelos de tratamiento empírico.

La historia es, por tanto, una ciencia transdisciplinaria y esto, que es su rasgo más significativo socialmente, impide una proyección operativa unitaria, los ejercicios de descripción teórica atendidos a un exclusivo núcleo metódico, pero también el intento de fundamentación basado en la presunción de un invariable campo disciplinario. Al tomar en serio el rasgo aludido — ese carácter transdisciplinario —, las descripciones teóricas y los ejercicios de fundamentación deben partir de lo que antes consideraban un efecto superficial necesario de ser esquivado: la historia como un complejo operativo que, para reproducirse autorreferencialmente, debe ampliarse de manera continua.⁶⁹ Esto muestra la importancia capital que tiene la lógica

⁶⁹ Perspectiva que está implícita en la propuesta de Michel de Certeau. Al cambiar el punto desde el cual se interroga por la historia, este autor introduce un quiebre de grandes consecuencias que no reconoce las pertinencias construidas con anterioridad y que dotaban a la disciplina de un prestigio aparentemente indudable. Cuando se pregunta sobre el *qué* de la historia, supone la propia interrogación un punto fijo o un contenido prevaleciente que se salvaguarda incluso de las variaciones en la aplicación cognitiva. En cambio, al preguntar sobre el *cómo*, lo que se demanda con esta pregunta es la necesidad de atender a los criterios que en cada caso se movilizan al nivel de los propios modelos o métodos aplicados. El historiador se dedica, en sus propias palabras, "a demostrar la relación entre los productos y los lugares de producción". Esta circularidad entre lugares y los productos que se desarrollan en ellos (en efecto, se trata de las historias), cuestiona el enfoque previo: no puede de ninguna manera satisfacer los requerimientos *autorreferenciales* que son cruciales para entender la

de aumento en las diferenciaciones y en las distinciones manejables que les son pertinentes, puesto que en la actualidad la recursividad resultante es convertida en potencial autorreflexivo para la propia reproducción operativa. Esto sería un proceso de reentrada de las diferenciaciones y distinciones operantes en la investigación social, es decir, que han sido sometidas, a su vez, a un proceso de reentrada en el interior de esas disciplinas.

Pero además, supone en cuanto al nivel autorreflexivo requerido la instauración de ese proceso de circularidad que debe ahora reproducirse en términos de investigación histórica. Si lo anterior se desprende de los estilos de análisis permitidos por el ejercicio de traslado ya descrito, los dos juegos de pares categoriales — disociados de su perfil previo en cada campo epistémico — definen también toda la problemática de los contenidos involucrados en relación con el papel de la representación. Aquí se toca una cuestión que estaba en la base de las todas aquellas presuposiciones que aludían al espacio antropológico característico del conjunto de las ciencias humanas: la conciencia como instancia originaria de toda labor representativa. Las dos triadas categoriales señaladas — función, conflicto y significación, por una parte, y normas, reglas y sistemas por la otra — instauran una ruptura al interior de todos aquellos contenidos que pueden con todo derecho dirigirse a la conciencia del hombre para dar cuenta el mundo social, de las comunicaciones efectivas que conforman lo cultural y de los fenómenos psíquicos o mentales.

Desde el punto de vista de las normas, de las reglas y los sistemas (destaco el papel que juega en ello el plural), las representaciones instauradas no son susceptibles de ser explicadas desde la conciencia del hombre. Por más que la función, el conflicto y la significación quieran reencontrar en cada fenómeno de superficie

operación historiográfica articulada. Michel de Certeau, *La escritura de la historia...*, p. 67. Si la pregunta sobre el *qué* de la historia se sostiene, es quizá sólo el gesto de una convención que ha perdido fuerza vinculante, esto es, se pregunta *heterorreferencialmente* por la capacidad de captación de un supuesto *entorno* tomado como emplazamiento de objetos de estudio para la ciencia en cuestión. La coincidencia con Luhmann es por tanto altamente productiva. Así, las ciencias tienen por objeto “sistemas estructuralmente determinados”, distinguibles y tratables sólo porque la distinción que operativamente se introduce se atiene “a las especificaciones estructurales que determinan un sistema”. No sólo la validez científica se plantea circularmente (la ciencia establece aquello que es válido para la ciencia misma), sino que incluso “la ciencia misma es tan sólo uno de los objetos de estudio de la ciencia”. Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad...*, p. 201.

— es decir, el plano completo de las representaciones — ese espacio originario. Así, tanto si se trata del hombre como ente social, del individuo y su lenguaje en permanente oscilación y, finalmente, del hombre remitido a un *yo* psíquico que corresponde a una relación pensada a partir de su estatus como ser vivo, todas estas fragmentaciones ocultan la unidad esencial. Por eso esta triada categorial tiene por función restaurar constantemente en cada ámbito la conciencia del hombre a partir de esas capas de representaciones que parecen dispersarlo. En sentido inverso a esta función, tanto las reglas, como las normas y los sistemas se desligan de la problemática de la representación y de la conciencia, pues remiten a fenómenos que escapan a toda posibilidad de control del hombre.

Esta suerte de disyunción planteada categorialmente entre lo *conciente* y lo *inconsciente* manifiesta, de manera más aguda que la oposición previa de la *continuidad/discontinuidad*, una tensión irresoluble en la que se revuelven estas formas de saber, esto es, la disparidad entre un sustrato empírico y otro trascendental, desmintiendo por tanto su capacidad de autoconocimiento. En suma, desde los espacios epistemológicos en los que se despliegan y reparten las ciencias humanas a partir del establecimiento de formas categoriales, se desarticulan los ordenamientos básicos cuando se trata de estilos y contenidos cognitivos. El resultado es el establecimiento de nuevas disposiciones epistémicas e interrelaciones que desdibujan todas aquellas atribuciones que el siglo XIX ponderó para las ciencias humanas. Los cuadros siguientes expresan dicha reordenación en cuanto a las regiones epistémicas, los estilos analíticos y los contenidos involucrados.

I. ESPACIO EPISTEMOLÓGICO	CATEGORÍAS
Región psicológica	Función/Norma
Región sociológica	Conflicto/Regla
Región simbólica	Significación/Sistema

II. ESTILOS COGNITIVOS	CATEGORÍAS
Análisis de continuidad	Función/Conflicto/Significación
Análisis discontinuos:	Norma/Regla/Sistema

III. CONTENIDOS	CATEGORÍAS
Fenómenos conscientes:	Función/Conflicto/Significación (Lo normal)
Fenómenos inconscientes:	Norma/Regla/Sistema (Lo patológico)

Michel Foucault introduce una dinamización en cada una de estas instancias, donde tanto los universos cognitivos como las proyecciones analíticas y los aspectos fenoménicos definen problemáticas que son fundamentales para abordar la transformación del saber histórico como proceso de desantropologización. En cuanto al primer cuadro — los espacios epistemológicos — es posible trazar la historia de las ciencias humanas desde su conformación decimonónica analizando el estatus privilegiado que adquieren cada región. Lo que quiere decir que un par categorial adquiere rasgo sobresaliente, orientando los demás espacios hacia un conjunto de perspectivas que cubre el espectro general de todos los ámbitos específicos. Así, en un primer momento, la región psicológica establece el predominio del par función/norma en lo tocante al estudio del hombre como ser orgánico.

Extrapolando rasgos funcionales que provienen de los tratamientos biológicos característicos del siglo XIX, el ámbito psicológico retoma la consideración orgánica que es posible aplicar a todo ser vivo — cuestión que estaba en el centro de la discusión del momento —, delimitando así el conjunto de fenómenos de orden mental como un agregado necesario para abordar la unidad del hombre. Con lo cual termina por elevar ese campo fenoménico a un grado de formalización permitido por la equiparación implicada (lo mental es también orgánico), constituyendo por este medio un conjunto de disciplinas que toman a su cargo ese campo ya estructurado. Aunque, por supuesto, sólo por analogía sea posible llevar a cabo dicha equiparación, dado que todos los registros que caben en la proposición *fenómenos mentales* están en realidad expresados sólo al nivel de una clase de representaciones. Si lo orgánico es motivo de captación perceptiva, lo psíquico presupone un estatus diferente. Podría decirse que la equiparación consiste en tomar los fenómenos mentales (característicamente conscientes en su momento) como un sistema,

de la misma manera que lo orgánico supone un tratamiento sistémico de las funciones requeridas para su reproducción autopoiética. Un presupuesto central en esta elevación se localiza en la noción de *individuo* visto como unidad en sí mismo, por más que desde el principio la unidad aludida muestre resistencias para demostrar su pertinencia al nivel de evidencias empíricas aportadas, por ejemplo, en los trabajos de la psicología experimental.⁷⁰

Posteriormente, la región sociológica adquirirá predominio cuando se trate de mostrar la acción del hombre en contornos sociales cambiantes. Aunque dichos contornos se presentan por lo general preñados de conflictividad, finalmente son susceptibles de ser enmarcados en equilibrios complejos gracias al juego de las reglas sociales e institucionales y a sus capacidades de encauzamiento. Es importante la apreciación anterior, pues expresa esa tensión entre una instancia individual y la sociedad en su conjunto, asumida esta última entonces como entorno del sistema psíquico. El esfuerzo, notorio desde los trabajos de Weber, consistió en discutir la idea todavía prevaleciente de que la conducta individual es el modelo idóneo para dirimir la construcción del orden social en su conjunto. Esto significó una aguda disputa con los enfoques psicólogos, pues precisamente sostenían la autoridad indiscutible del presupuesto.⁷¹ Pero también se desarrolló otro frente de la disputa.

Por fuera de su marco reflexivo central —la tradición neokantiana que desemboca en Rickert—, tanto la filosofía de la historia como el historicismo mismo fueron puestos a revisión crítica por parte de Weber. No sólo se trata de hacer valer una postura diferente al *relativismo epistemológico* en el que parecen coincidir, indepen-

⁷⁰ Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría...*, p. 262.

⁷¹ "Acción como orientación significativamente comprensible de la propia conducta, sólo existe para nosotros como conducta de una o varias personas individuales. Para otros fines de conocimiento puede ser útil o necesario concebir al individuo, por ejemplo, como una asociación de 'células', o como un complejo de reacciones bioquímicas, o su vida 'psíquica' construida por varios elementos (de cualquier forma que se les califique). Sin duda alguna se obtienen así conocimientos valiosos (leyes causales). Pero no nos es posible 'comprender' el comportamiento de esos elementos que se expresa en leyes. Ni aún en el caso de tratarse de elementos psíquicos; y tanto *menos* cuanto más exactamente se le concibe en el sentido de las ciencias naturales; jamás es éste el camino para una interpretación derivada del *sentido* mentado." Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, edición preparada por Johannes Winkelmann, nota preliminar de José Medina Echavarría, trad. de Eugenio Ímaz et al., México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 12.

dientemente de las fuertes diferencias entre ambos enfoques. La prevalencia de lo individual y lo singular, reivindicada cada tanto por la escuela historicista, no puede ser asumida sin más por el enfoque sociológico, más aun cuando busca contraponer otra visión de la que se desprende de esa suerte de naturalización de lo social, cuestión implícita en la propia Escuela Histórica Alemana.⁷² En un tercer momento, ya en pleno siglo XX, la región simbólica adquiere relevancia al punto de atravesar tanto la problemática psicológica como las propias elaboraciones sociológicas. Foucault significó este paso con las aperturas que Freud introdujo en el campo de los saberes humanos, después por supuesto de la obra de Comte y del mismo Marx.⁷³

Tomando en cuenta que su conformación siguió el camino abierto primero por la filología decimonónica y después por la aparición de la lingüística, es pertinente considerar que la asunción de lo simbólico requirió romper con la imagen de un hombre parlante como instancia originaria de las representaciones. Si bien ya en los tratamientos sociológicos se abre un espacio donde los fenómenos analizados no guardan simplemente continuidad con este basamento antropológico, es desde el modelo filológico que se busca acceder a los sentidos ocultos. Posteriormente, cuando los sistemas significantes tratados en su propia inmanencia por la lingüística muestran la inoperancia de la conciencia para explicar sus órdenes intrínsecos, es cuando emerge con toda su fuerza el fenómeno de *latencia* ya implícito en la filología. En el umbral de estos movimientos se hace notar un desplazamiento en la naturaleza del espacio epistemológico mismo: se trata del despliegue de otras formas de saber que sólo encuentran condiciones para justificarse y expandirse en el siglo XX.

En efecto, las ciencias sociales se desprenden del espacio epistemológico de las ciencias humanas cuando, a partir de Max Weber,

⁷² Aunque hay que reconocer que el problema no fue enfrentado directamente por Weber, sí se deja ver de manera un tanto sesgada en sus comentarios críticos a la obra de Knieps y a su concepto de individuo. Véase, Max Weber, *El problema de la irracionalidad en las ciencias sociales*, estudio preliminar de José María García Blanco, trad. de Lioba Simon y José María García Blanco, Madrid, Tecnos, 2001, p. 164 y s.

⁷³ "por último, así como Freud viene después de Comte y de Marx, comienza el reinado del modelo filológico (cuando se trata de interpretar y de descubrir el sentido oculto) y lingüístico (cuando se trata de estructurar y de sacar a la luz el sistema significante)". Michel Foucault, *Las palabras y las cosas...*, p. 349.

rompen con el hombre como objeto de estudio y, al hacerlo, se desligan también de toda temática trascendental referida al estatus del sujeto cognoscente. Si Foucault llevó a cabo un análisis pormenorizado de las ciencias humanas —puede decirse que se trata de una crítica histórica al basamento antropológico a partir del cual se constituyeron—, la noción *contraciencias* bien podría definir el estatus de la investigación social. De tal manera que este desprendimiento se puede entender como una *desantropologización* aguda que, en mi opinión, alcanza también al saber histórico de forma incluso más determinante. De tal manera que el cambio general operado, ya visible desde la importancia que adquiere la región sociológica, permite la aparición de las ciencias sociales en el siglo XX y su expansión continuada.

Las ciencias sociales no son ciencias humanas porque se desentiendan del hombre y sus productos. En todo caso esto no es sino efecto de algo más crucial. No lo son en tanto que su disposición epistémica no puede retomar la problemática que se encontraba en la base de las ciencias del espíritu: las relaciones e intercambios entre la conciencia del hombre y las representaciones de aquello que se localizaba del lado de su empiricidad. De manera más clara se muestra esto en el segundo tipo de desplazamiento; me refiero al que se presenta en la esfera de los estilos cognitivos y los contenidos expresados, y que tienen como consecuencia la inversión de cada región o modelo. El desplazamiento que va de la triada *función/conflicto/significación* a de la *norma/regla/sistema* presenta un efecto que vulnera sus articulaciones convencionales. La inversión se refiera al rompimiento de la dualidad conciente/inconsciente (lo normal y lo patológico en el ámbito de las sociedades, en el propio individuo y en las expresiones lingüísticas), de tal modo que la segunda serie alcanza autonomía.

Siendo coincidente con la prevalencia de la región simbólica (modelo lingüístico), el desplazamiento refiere al inconsciente formal y anónimo que se convierte en vehículo fundamental para los conjuntos sgnicos, para las coherencias que presentan los sistemas sociales y para las estructuras del individuo que escapan al yo como personalidad y como conciencia soberana. La etnología, el psicoanálisis y la lingüística (las *contraciencias*) se instituyen, en esta relación fundamental con lo inconsciente o latente, en el modelo de toda

ciencia social pero a distancia del campo epistemológico de las ciencias humanas. No se trata ya de clarificar la superficie de las propias representaciones, sino de lo que permanece oculto tras la fuerza del cogito cartesiano. En la terminología de Foucault, se trata de los famosos *a priori históricos*, de esas condiciones de posibilidad que abren espacio para el desarrollo de ese doble registro de lo enunciable y lo visible y, por tanto, de la condición que explica el conocimiento mismo.⁷⁴

A diferencia de la propuesta kantiana —esto es, los *a priori* sólo pueden tener consistencia trascendental— su condición contingente no es otra cosa que el reconocimiento de su espesor empírico. Si se toma como punto de partida para analizar las observaciones un origen no observable pero al mismo tiempo determinante en grado extremo, resulta que no puede ser sino una instancia no empírica e invariable que escapa al propio mundo de la experiencia observable. A diferencia de la cualidad extrínseca —una mirada desde fuera del mundo, es decir, desde el entorno— la propuesta de Foucault hace encarnar los *a priori* como condiciones que tienen lugar en el propio mundo social de la experiencia. Para decirlo de otro modo más enfático, el mundo social está ahí sólo para ser observado, donde esa operación termina siendo una autoobservación. Precisamente, si se toma la referencia del sistema al entorno, lo que quiere decir que se puede realizar la atribución como experiencia o como vivencia, entonces se hace valer el procesamiento autorreferencial de toda observación.

En efecto, esa capa que subyace al ámbito de las representaciones y del trabajo de la conciencia, se constituye en lo *inobservable* —el famoso *punto ciego* al que hace referencia Luhmann—, aquella instancia que permite todo ejercicio de observación. De tal manera que las consideraciones realizadas sobre la unidad psíquica del hombre, del individuo como instancia previa al orden social pero también como su fundamento, serían construcciones —observaciones formuladas desde una clase de criterios dados— que, buscando

⁷⁴ “Lo inobservable para el observador —la unidad de la distinción— es lo *latente*. No es posible verse en el momento en que se ve. Sólo después de describir lo visto podría observarse la observación constituyente, es decir, interrogarse sobre los *a priori históricos* que condicionan lo que se ve. Los *a priori* permanecen ocultos para el observador de primer orden, sólo el observador de segundo orden puede revelarlos.” Alfonso Mendiola, *Retórica, comunicación y realidad...*, p. 51.

clarificar la instancia de lo humano, terminan por ocultar su condición de efecto o resultado de una clase particular de distinciones operantes. A lo que no pueden acceder —constancia final de una incapacidad de origen— es a la unidad de la diferencia de la cual parten, contradiciendo con esto el propio legado de la tradición humanística. Justamente, esta tradición ha sostenido desde el siglo XVIII que esas facultades que singularizan la posición del hombre sólo pueden ser identificadas si se despliegan dos clases de distinciones: hombre/animal y hombre/máquina.

Las cualidades derivadas de estas dos oposiciones superan la referencia a la simple capacidad de percepción sensorial (primera distinción) y de la acción como conducta inducida y controlada (segunda distinción). Así, las nociones de “razón”, “facultad reflexiva” o “entendimiento”, agregadas a la de acción como “libre albedrío”, condensarían lo más auténticamente humano como capacidades hasta cierto punto naturalizadas.⁷⁵ Si las facultades humanas fueron el escalón último de lo que se busca, vienen a ser al mismo tiempo requisito para encauzar toda la empresa de autoconocimiento. Ya la sola circularidad expresada habla en contra de una aclaración total respecto a la singularidad del hombre y sus productos espirituales, como quería precisamente el historicismo decimonónico. No sería aventurado el considerar estos esfuerzos como “procesos autorreferenciales disimulados”, en la medida que introducen asimetrías necesarias y propias de los sistemas que operan en el *medium* sentido, sólo para volver operativa la propia circularidad del sistema social.⁷⁶

La noción misma de a priori —ya sea trascendental o empírico— o de simbólico, entendido como factor no accesible por pura percepción, apuntan a un movimiento crucial que conduce al descubrimiento de lo *latente* como indicación de procesamiento autopoietico. Ya las otras dos oscilaciones categoriales, estilos cognitivos y contenidos fenoménicos presentados en los cuadros anteriores, profundizan la importancia del descubrimiento. Los estilos discontinuos al enfatizar las coherencias internas de los subsistemas como procesos de diferenciación aguda —diferenciaciones que producen

⁷⁵ Niklas Luhmann, *La sociedad de la sociedad...*, p. 89.

⁷⁶ Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría...*, p. 476.

otras diferenciaciones — obligan a considerar que las unidades resultantes son más bien tales porque logran sintetizar las propias diferenciaciones obtenidas, mostrando con ello “la pertenencia de los separado”.⁷⁷ Mientras los contenidos introducen una movilización igualmente fundamental al apuntar cómo los fenómenos analizados — todos ellos fenómenos sociales — no aceptan su acreditación por los efectos de una conciencia humana orientadora (esto es, fuerza teleológica) como en el caso mismo de la acción social.

Al desplazarse hacia lo inconsciente — de ahí la importancia de Freud tanto para Foucault como para Luhmann — se deshacen las convencionales separaciones entre lo normal y lo patológico, entre los elementos positivos y los negativos, entre lo racional y lo irracional. Las normas, las reglas y los sistemas unifican el campo de estos saberes ya difícilmente considerados como ciencias humanas.⁷⁸ La unificación no se refiera a la compartición de un solo campo objetual para esa pluralidad de saberes que transitan hacia su constitución como ciencias sociales, más bien se produce porque todos los fenómenos involucrados y que son tomados a su cargo por la sociología o la etnología, la psicología social o el psicoanálisis, por la lingüística o la semiótica, se enfrentan directamente a la incapacidad para entender la latencia — incapacidad que anteriormente se encontraba latente — y entonces dirigirse hacia ese punto ciego que permite todo proceso de observación.

En síntesis, las ciencias sociales y por supuesto la historia, transitan hacia un estatus de ciencias que operan gracias a la observación de segundo orden, aunque aquí habría que introducir un matiz sobre el estatus de la historia, cosa que se abordará en el siguiente capítulo. Las modalidades a partir de las cuales procesan el conjunto de observaciones construidas conectan directamente con otras observaciones, transitando por tanto de diferenciación en diferenciación. Con este procedimiento operativo de recursividad pueden designar aquello *no captado* — el punto ciego de toda observación —

⁷⁷ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad...*, p. 372.

⁷⁸ “Todo puede ser pensado dentro del orden del sistema, de la regla y de la norma. Al pluralizarse — ya que los sistemas son aislados, las reglas forman conjuntos cerrados, ya que las normas se plantean en su autonomía — el campo de las ciencias humanas se encontró unificado; de golpe dejó de estar escindido de acuerdo con una dicotomía de valores.” Michel Foucault, *Las palabras y las cosas...*, p. 350.

por medio de la introducción de otra diferenciación con su propia capa de latencia. En palabras de Luhmann:

El procesamiento de observación a observación, de diferenciación a diferenciación, permite distinguir y designar aquello que *no* puede ser captado mediante otra diferenciación, es decir, que debe permanecer latente para *esta última*. Toda diferenciación se presupone a sí misma y se excluye así de lo que ella puede distinguir; pero eso no sucede de forma definitiva (o sólo en el desafortunado caso del consenso), sino de una manera accesible para la observación mediante otra diferenciación por el mismo u otro observador. El conocimiento se estabiliza por lo tanto en el entramado continuamente recurrente de la observación de las observaciones, y el resultado de este proceso tendrá que depender si se le cubre socialmente y cómo, es decir, cómo se da el proceso de diferenciación del que resulta la *ciencia*.⁷⁹

Si el proceso de transvase categorial — originariamente de las ciencias de la vida, del trabajo y del lenguaje a las ciencias humanas — se presenta ahora respecto al amplio campo de las ciencias sociales, entonces *desantropologización* implica la instauración de un orden operativo que se desarrolla reproduciendo las diferenciaciones que tienen lugar en el propio sistema social. La disciplina histórica estabiliza su forma operativa duplicando, a su vez, esta reproducción de diferenciaciones a partir de las ciencias sociales con las que entabla la relación de transferencia categorial. Las implicaciones que esto arroja para un ejercicio de fundamentación quedan gravadas — habrá que asumir las restricciones que esto conlleva — por el hecho de que la historia no es una forma de saber convencional. La falta de centralidad teórica, la diversidad de campos objetivos y de procedimientos metódicos, así como la constitución de vertientes de investigación que presentan los rasgos de disciplinas en sí mismas, revierte el déficit en criterio de productividad social. Así, la introducción de contingencia que supone la investigación histórica pareciera incrementar la reflexividad que las observaciones producidas por las ciencias sociales requieren como formas de autoobservación social.

⁷⁹ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad...*, p. 372-373.